



WEB ORRIAK

FAI:

www.federacionanarquistaiberica.wordpress.com

TIERRA Y LIBERTAD

www.nodo50.org/tierraylibertad

IAF - IFA:

www.iaf-ifa.org



ekinaren ekinaz

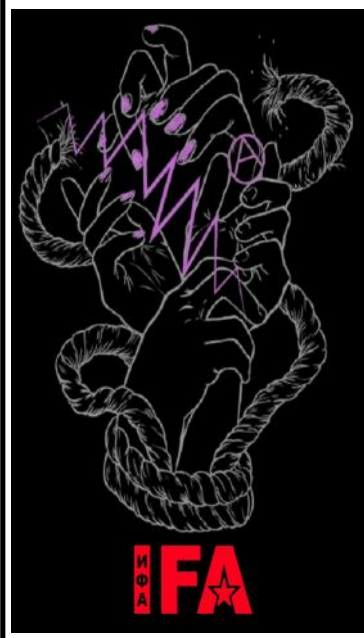
LEGE GORDAILUA: BI-335/98.
Gurekin kontaktatu nahi baduzu idatzi helbide honetara:
Si quieres contactar con nosotros escribe a esta dirección:

43 p.k.

48970 Basauri (Bizkaia)

E-mail:

ekinarenekinaz@gmail.com



ekinaren ekinaz

prentsa anarkista eta anarkosindikalista

ekinaren ekinaz

Tierra y Libertad

Acracia (Chile)

Terra Livre (Brasil)

El libertario (Venezuela)

Periódico Acción Directa (Peru)

El surco (Chile)

Organise! (en inglés)

Resistance (en inglés)

Le Monde Libertaire (en francés)

Umanità Nova (en italiano)

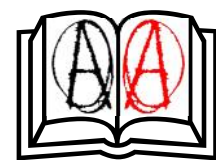


Anarkismo.net

La haine

Kaos en la red

A las barricadas



albisteak



http://ekinarenekinaz.wordpress.com

www.nodo50.org/tierraylibertad

www.periodicoacracia.wordpress.com

www.revistabl.noelogs.org

www.nodo50.org/ellibertario

https://periodicoacciondirecta.wordpress.com/

https://periodicoelsurco.wordpress.com/

www.afed.org.uk

www.afed.org.uk

www.mondelibertaire.fr

www.umanitanova.org

www.anarkismo.net

www.lahaine.org

www.kaosenlared.net

www.alasbarricadas.org

**BEGIRA EZAZU MUNDUA
BESTE BEGI BATZUEKIN**



**IRAKURRI ETA EDATU
PRENTSA LIBERTARIA**

liburutegiak - liburuak

La Malatesta

Editorial Germinal

Kolectivo Conciencia Libertaria

Acracia

Liberación Animal

Federación Estudiantil Libertaria (FEL)

Cruz Negra Anarquista

http://www.lamalatesta.net/

https://editorialgerminal.wordpress.com/

www.kclibertaria.comyr.com

www.acracia.org

www.nodo50.org/liberacionanimal

https://felestudiantil.org

www.nodo50.org/cna/

toki interesgarriak

Contra la guerra, el fascismo, el nacionalismo y el racismo. Solidaridad con refugiadxs e inmigrantes

Estamos en medio de una gran crisis social humanitaria sin precedentes, pues la expansión de la pandemia global está revelando de la manera más enfática la naturaleza criminal del Estado y del Capitalismo. Por un lado, la mayoría social enfrenta ya nuevas duras condiciones de explotación y represión. Por otro lado, el Estado está defendiendo su poder y la acumulación de riqueza en manos de lxs jefxs, expandiendo el Estado de emergencia y privando a la sociedad de los recursos necesarios para manejar este desastre. Así, miles de inmigrantes y refugiadxs están amontonados en campos de concentración bajo condiciones de vida horribles, sin ningún medio disponible de auto-protección contra la pandemia. El Estado de excepción impuesto a ellxs lxs lleva a su exterminio y consiste en un crimen de Estado y capitalista.

La guerra y el fascismo son la única "respuesta" que el sistema puede dar a su propia profunda y total crisis, a sus propias contradicciones derivadas de su principio básico (la opresión y explotación del ser humano por el ser humano).

A nivel global, lxs jefxs políticxs y económicxs están intentando un ataque incondicional contra las personas de la periferia capitalista a través de la guerra, operaciones militares y subversión de regímenes e imposición de otros nuevos, tratando de controlar áreas enteras, fuentes de riqueza..., incluso poblaciones enteras. Esto es una condición bajo la cual millones de personas están condenadas a pobreza, enfermedad e inmigración forzada como pre-requisito para asegurar la súper-acumulación de riqueza en manos de las élites financieras globales y el re-ordenamiento del equilibrio geo-político del poder en el contexto de competición internacional entre poderes globales, regionales y locales.

Lxs miles de refugiadxs e inmigrantes en las fronteras terrestres y marítimas, todxs aquellxs bloqueadas en modernos campos de concentración bajo viles condiciones, aquellxs presxs en un racista Estado de excepción, son los efectos de las políticas "disuasorias" asesinas anti-inmigración "y la construcción de la Fortaleza Europa.

Los "muros" construidos no son sólo útiles para mantener a

lxs parias, lxs "poblaciones sobrantes", fuera de Europa por todos los medios, sino también para promover la fascistación de las sociedades occidentales, para establecer una condición de miedo, control y odio, conducida a la aceptación de la explotación por lxs jefxs.

Contra la bancarrota mundial del Estado y el Capital, contra la guerra declarada por lxs dominadorxs de lxs represionadxs de este mundo, como anarquistas, luchamos con la solidaridad de clase e internacionalista como nuestra arma, promocionando la organización del contraataque de lxs explotadxs para la destrucción de este mundo decaído. Locales, inmigrantes y refugiadxs, todxs juntxs, vamos a luchar desde abajo contra la pobreza, empobrecimiento, represión, subyugación, vamos a fortalecer y defender todos los campos de la resistencia social y de clase, objetivo de la represión, y organizar otros nuevos. Contra el fascismo, la intolerancia, la guerra, la represión y la explotación, ¡la causa de la Revolución Social, de la construcción de una nueva sociedad de solidaridad, equidad y libertad entre las ruinas del mundo de la autoridad... está siempre viva!

**NO A LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN
CONDICIONES DE VIDA DECENTES Y LIBRE
MOVIMIENTO PARA REFUGIADXS E INMIGRANTES
DEJADNOS DESINTEGRAR EL MODERNO
APARTHEID DE LA FORTALEZA EUROPA
LA SOLIDARIDAD ES EL ARMA DE LAS PERSONAS.**

FAO (Federación para la organización anarquista, Eslovenia y Croacia)

FAI (Federación Anarquista Italiana, CRInt-FAI)

APO (Organización Política Anarquista - Federación de colectivos - Grecia)

FA (Federación Anarquista, Francia y Bélgica)

AF (Federación Anarquista, Reino Unido)

FLA (Federación Libertaria Argentina)

FAI (Federación Anarquista Ibérica)

Marzo de 2020



51 zbk

23

ekinaren ekinaz

2

51 zbk

Ante la crisis sanitaria y la deriva autoritaria del Estado

Desde principios de año en Europa y en otras partes del mundo nos enfrentamos a una aguda crisis social a causa del virus de la COVID-19 y la afección que provoca, la denominada "enfermedad por coronavirus", como es conocida comúnmente.

En España, esta crisis se ha agudizado a causa de tantos años de privatizaciones y del desmantelamiento de la sanidad pública y de otros servicios esenciales de la mano de los partidos políticos que han estado en el poder tanto en el Estado central como en los distintos gobiernos regionales, legislando en favor de los intereses empresariales. Esto ha traído graves consecuencias a raíz de la crisis social en la que estamos inmersos: la falta de personal y de recursos para hacer frente con éxito a la pandemia. En todo este proceso de desmantelamiento, existe una ideología neoliberal y, por tanto, clasista. Con el desmantelamiento de la sanidad pública se ha beneficiado a la sanidad privada, la que pone constantes pegos y reticencias a la hora de colaborar con recursos e infraestructuras en la gestión de la crisis. Desde algunos gobiernos como el de la Comunidad de Madrid se está llevando a cabo el cierre sistemático de diversos centros de atención primaria, dejando a miles de personas sin el acceso a la atención sanitaria más básica.

La falta de recursos y de dinero ha conseguido que prime una perspectiva clasista a la hora de administrar y hacer las pruebas pertinentes contra el virus. Así, mientras nos venden que tal o cual político o empresario tiene o no el virus, a los trabajadores se nos ha negado la posibilidad de conocer si estamos infectados o no. Hasta semanas después de la declaración del estado de alarma por parte del Gobierno, en muchas empresas los trabajadores nos hemos encontrado con la falta de equipos de protección individual (EPI), hacinamientos en los centros de trabajo y falta de planes en las empresas para garantizar la seguridad y la salud. Esto por supuesto tiene consecuencias. Los trabajadores y nuestros allegados somos los más vulnerables a la hora de enfrentarnos al virus. Esta vulnerabilidad aumenta: sin duda cuanta mayor es la precariedad laboral, mayor es el riesgo de exclusión, y mayor es la falta de recursos a la hora de enfrentarnos a la crisis social. La seguridad y la salud nuestras y de nuestros allegados no ha estado garantizada en ningún momento.

A nivel social la falta de dispositivos sanitarios y de otro tipo de personal de emergencias ha llevado a la incapacidad del Estado de cubrir las necesidades de las personas. Esto ha supuesto el recorte drástico de derechos y libertades, y se ha agudizado más si cabe el autoritarismo por parte de la maquinaria coercitiva del Estado (ejército y policía) y el ejercicio de la

represión y el miedo. A través de la "Ley mordaza" se han impuesto en 12 días el triple de sanciones administrativas que las que se han impuesto en Italia en un mes. En internet hay multitud de vídeos y testimonios que documentan abusos de poder. Incluso algunos sectores dentro de la policía han denunciado el "macarrismo" y el descontrol que existe en su institución. Además, desde diversos medios de comunicación se promueven y se normalizan los abusos de poder, el ejercicio de control social y el linchamiento vecinal en los barrios, siempre contra los colectivos más vulnerables. Esta normalización del autoritarismo y la coerción, los llamamientos de las instituciones a la unidad nacional, el lenguaje belicista, la exaltación nacionalista y la presencia y mediatización del ejército, tristemente nos acercan a ese oscuro pasado dictatorial reciente que parece que muchas personas se niegan a superar.

Esta crisis social solo la podemos superar tejiendo y practicando redes de solidaridad y apoyo mutuo en nuestro día a día. Es algo intrínseco al ser humano la necesidad de asociarnos tanto para apoyar a las personas que más lo necesitan, como para defender nuestros intereses como trabajadores. Es necesario apoyar a la población más vulnerable, superando por diversas vías el sentimiento de soledad e incertidumbre que conlleva el confinamiento en nuestras casas, el aislamiento y el miedo. Apoyando a nuestros vecinos que más nos necesitan y a nuestros compañeros de trabajo, tanto en aquellas circunstancias en las que estemos obligados a ir a trabajar, como fuera del ámbito laboral.

La organización entre iguales y la práctica de la solidaridad van a ser necesarias para combatir la crisis posterior que vendrá cuando se supere la pandemia. Solo organizados podremos resistir la ofensiva de la patronal para recortar derechos laborales con la excusa de paliar pérdidas económicas, y superar el miedo a los recortes de derechos y libertades por parte del Estado para seguir consolidando su hegemonía.

Por la anarquía.

Federación Anarquista Ibérica



tierra y libertad

<https://www.nodo50.org/tierraylibertad>

¿Epidemia? Masacre de Estado

Los coches fúnebres hacen cola en frente del cementerio de Bergamo. Esta imagen, mejor que ninguna otra, nos enseña la crudeza de la realidad. No se puede dejar ni una flor. Ni siquiera han podido acompañarlos hacia el final. Se han muerto solos, lúcidos, ahogándose lentamente.

Desde las ventanas, en horarios establecidos, la gente grita, canta, golpea las cacerolas y se reúne con un espíritu nacionalista evocado por políticos y medios de comunicación: "Todo irá bien. Lo conseguiremos".

El gobierno, con edictos que se han sucedido a un ritmo frenético, ha suspendido toda posibilidad de debate junto con la tenue confrontación democrática y el exhaustivo ritual de la democracia representativa que nos ha reclutado a todos.

Los que no obedezcan son "untori" [Es un término despectivo para llamar a los infectados. De esta forma se les llamaba a los que, durante la peste en Milán (1630), fueron sospechados de difundir el contagio voluntariamente tocando cosas y personas. Durante todo ese tiempo fueron perseguidos por su "maldad"], criminales, locos.

Entendámonos. Cada uno de nosotros es responsable por sus actos. Nosotros, los anarquistas, lo sabemos bien: para nosotros la responsabilidad individual de la propia actuación es el eje de una sociedad de libres e iguales.

Cuidar de los más débiles, de los mayores, de quién, más que los demás, arriesga su vida, es un deber del que somos especialmente conscientes. Siempre. Hoy más que nunca.

Un deber igualmente importante es decir la verdad, esa verdad que, encerrados en casa, sentados delante de la tele, nunca vemos. Aunque esté, en gran medida, bajo los ojos de todos.

Los que buscan una verdad escondida, una oscura conspiración de su malvado favorito, cierran los ojos ante la realidad, porque los que los abren luchan para cambiar el orden de un mundo injusto, violento, liberticida, asesino.

Cada día, incluido el día de hoy, mientras la gente enferma y muere, el gobierno italiano desperdicia 70 millones de euros en gastos militares. Con los 70 millones gastados, en un solo día de entre los 366 que completan este año bisiesto, se podrían construir y equipar seis hospitales nuevos y aún quedarían billetes para mascarillas, laboratorios, análisis, pruebas...; para hacer un verdadero traje.

Un respirador cuesta 4.000 euros. Por lo tanto, se podrían comprar cada día 17.500 respiradores. Muchos más de los que se necesitarían ahora mismo.

En los últimos años todos los gobiernos que se han sucedido han recortado constantemente gastos en sanidad, para la prevención, para la vida de todos nosotros. El año pasado, según las estadísticas, por primera vez en años, la esperanza de vida se ha reducido.

Teniendo que pagar el alquiler, la comida y el transporte público, a muchos no les queda suficiente dinero para pagar las medicinas, las consultas médicas y los servicios especializados.

Han cerrado los hospitales pequeños, reducido el número de médicos y enfermeros, han recortado en el número de camas, obligando a los trabajadores de la sanidad a hacer horas extras para intentar llenar todos los huecos.

Hoy, con la epidemia, ya no hay colas en las ventanillas, ya

no hay listas de espera que duren meses e incluso años para una investigación diagnóstica: han cancelado visitas y pruebas. Se harán cuando termine la epidemia. ¿Cuánta gente caerá enferma y morirá a causa de cánceres diagnosticables y curables?

¿Cuánta gente tendrá que ver cómo sus patologías se agravan?

¿Y todo por el hecho de haber puesto en cuarentena lo que quedaba de sanidad pública?

Mientras tanto las clínicas y los ambulatorios privados hacen alguna jugada publicitaria y multiplican sus ganancias, porque los ricos nunca se quedan sin tratamiento.

Por eso el gobierno nos quiere en los balcones cantando: "Siam pronti alla morte, l'Italia chiamó"

[“Estamos listos para la muerte, Italia llámó”. Ésta es una frase del himno italiano "Fratelli d'Italia", escrito por Mameli en 1847.]

Nos quieren callados y obedientes, como buenos soldados, carne de cañón sacrificable. Quién sobrevive será inmune y más fuerte. Al menos hasta la próxima pandemia.

Por eso desde nuestros balcones, en las paredes de las ciudades, en las colas para la compra, decimos, en voz alta, a pesar de la mascarilla, que estamos frente a una masacre de Estado. ¿Cuántos muertos nos podríamos haber ahorrado si los gobiernos de estos años hubiesen tomado iniciativas de protección de nuestra salud? No ha sido un error, sino una decisión criminal.

Los infectólogos nos han avisado del riesgo de la posibilidad de una pandemia grave durante años. Han sido gritos al vacío.

La lógica de las ganancias no permite fallas. Cuando todo haya terminado las industrias farmacéuticas que no invierten en prevención harán negocio. Se aprovecharán de las medicinas descubiertas por diversos investigadores que trabajan para la comunidad, que no lo hacen para enriquecer a quien ya es rico.

Nos habían acostumbrado a creer que somos inmunes a las pestes que afectan a los pobres, a los que no tienen medios para defenderse, a los que ni siquiera tienen acceso a agua potable. Dengue, ébola, malaria, tuberculosis eran las enfermedades de los pobres, de las poblaciones "atrasadas", "subdesarrolladas".

Luego, un día, el virus se ha embarcado en business class y ha alcanzado el corazón económico de Italia. Y nada ha vuelto a ser como antes.

Sin embargo, no ha sido de repente. Los medios de comunicación, los expertos y el gobierno nos han contado que la enfermedad sólo mata a los mayores, a los enfermos, a los que ya tienen otras patologías. Nada nuevo. Es algo normal: no hace falta estar titulado en medicina para saberlo.

Entonces todos los demás han pensado que como mucho habrían tenido otra gripe más.

Esta información criminal ha llenado las plazas, los aperitivos, las fiestas. No por eso disminuye la responsabilidad individual, que también pasa por la capacidad de informarse y entender, pero quita un poco de ese aire de santidad que el gobierno está tratando de llevar, para salir indemne de la crisis. Y ¿quién sabe? Quizás incluso más fuerte.

Nos cuentan que nuestra casa es el único lugar seguro. No

es cierto. Los trabajadores que cada día tienen que salir para ir a las fábricas, vuelven a casa cada día, a pesar de los sobornos ofrecidos por la patronal a los sindicatos de estado, sin haber trabajado con una verdadera protección.

Ahí hay familiares mayores, niños, personas frágiles.

Sólo una pequeña parte de los que salen para hacer la compra o para tomar un poco de aire tienen protecciones: mascarillas, guantes, desinfectantes, productos que ya no están disponibles ni en los hospitales.

El gobierno afirma que las protecciones no sirven a quien está sano: es mentira. Lo que dicen la difusión del virus lo niega de manera clarísima. La verdad es otra: después de dos meses desde que empezó la epidemia en Italia, el gobierno no ha comprado ni repartido las protecciones necesarias para bloquear la difusión de la enfermedad.

Son demasiado caras. En Piemonte los médicos de cabecera hablan por teléfono con las personas que tienen fiebre, tos y dolor de garganta pidiéndoles que tomen analgésicos antipiréticos y que se queden en casa durante cinco días. Sólo si empeoran ingresarán entonces al hospital. A nadie le hacen las pruebas. Quien vive con personas enfermas se encuentra en una trampa: no puede dejar solo a quien sufre y necesita ayuda, sin embargo, corre el riesgo de contagiarse si la infección respiratoria es a causa del coronavirus.

¿Cuántos se habrán infectado inconscientemente, extendiendo la enfermedad al salir sin la protección adecuada?

Los arrestos domiciliarios no nos salvarán de la epidemia. Puede que contribuyan a retrasar la difusión del virus, pero no lograrán pararla.

La epidemia se convierte en una ocasión para imponer condiciones de trabajo, que permiten a las empresas gastar menos y ganar más. Los edictos de Conte han incorporado el smart working (trabajo inteligente o teletrabajo) donde sea posible. Las empresas sacan ventaja de esto para imponérselo a sus dependientes: se está en casa y se trabaja por internet. El teletrabajo está regulado por una ley de 2017 según la cual las empresas pueden proponerlo, pero no imponerlo a los dependientes. Por lo tanto, debería estar sujeto a un acuerdo que dé a los trabajadores garantías sobre los horarios, las formas de control, el derecho a la cobertura de los gastos de conexión y el seguro en caso de accidente.

Hoy, después del decreto emitido por el gobierno Conte para hacer frente a la epidemia de Covid-19, las empresas pueden obligar al smart working sin acuerdos ni garantías para los trabajadores que deben estar incluso agradecidos por la posibilidad de quedarse en casa. La epidemia se hace entonces excusa para la imposición sin resistencia alguna de nuevas formas de explotación.

Para los trabajadores conformes se establecerán paros técnicos y fondos complementarios, para los temporales, los números de IVA y para los parasubordinados no habrá garantías, sólo alguna migaja. Quien no trabaja no tiene ningún ingreso.

El que se atreve a criticar la situación, a contar verdades "desagradables", es amenazado, reprimido, callado. Ningún medio de comunicación dominante ha hablado de la denuncia de los abogados de la asociación de enfermeros, una institución que no tiene nada de subversivo. Enfermeros y enfermeras descritos como héroes y heroínas, pero sólo si enferman y se mueren en silencio, sin contarle a nadie lo que pasa en los hospitales. Los enfermeros que cuentan la verdad son amena-

zados de despido. A los que se contagian no se le es reconocido como accidente porque el establecimiento hospitalario no está obligado a pagar las indemnizaciones a los que cada día trabajan sin protecciones o con protecciones insuficientes.

La independencia de las mujeres se ve amenazada por la gestión gubernamental de la epidemia del Covid-19. El cuidado de los niños que se quedan en casa porque las escuelas están cerradas, los mayores en riesgo, los discapacitados, recaen encima de los hombros de las mujeres, ya reventadas por la precariedad de las condiciones de trabajo.

Mientras tanto en silencio, en las casas transformadas en domicilios obligados, se multiplican los feminicidios.

Sumergidos por el atronador silencio de la mayoría, 15 presos han muerto durante los motines en las cárceles. De su muerte no se ha filtrado nada, excepto lo que dice la policía. Algunos, ya en graves condiciones, no han sido trasladados al hospital, sino cargados en las camionetas de la policía penitenciaria y llevados a morir en cárceles a cientos de kilómetros de distancia. Una masacre, es una masacre de Estado.

Los demás han sido llevados a otros lugares. Las cárceles están a rebosar. A los detenidos no se les garantiza ni salud ni dignidad, incluso en condiciones de "normalidad", siempre que sea normal encerrar a las personas detrás de las rejas. Para protegerlos el gobierno no ha tenido otra idea mejor que suspender las visitas con los familiares, mientras cada día los guardias pueden entrar y salir. La revuelta de los detenidos ha estallado frente al riesgo concreto de la difusión del contagio en lugares donde el hacinamiento es lo normal. La policía ha denunciado y cargado contra quién ha apoyado las luchas de los presos. La represión, teniendo como cómplices las medidas contenidas en los edictos del gobierno, ha sido durísima. En Turín han impedido una simple campaña de concienciación de algunos solidarios junto a los familiares de los detenidos, colocada en la entrada de la prisión, desplegando las tropas delante de cada acceso a los caminos limítrofes a la cárcel de las "Vallette".

Los trabajadores que han hecho huelgas espontáneas en contra del riesgo de contagio han sido denunciados también por haber infringido los edictos del gobierno al manifestarse en la calle por sus propios derechos de salud.

Nada tiene que parar la producción, aunque sean producciones que podrían interrumpirse sin alguna consecuencia para la vida de todos nosotros. La lógica del beneficio, de la producción está antes de todo.

El gobierno tiene miedo de que, después de la revuelta en las cárceles, se puedan abrir más frentes de lucha social. De ahí el control obsesivo por parte de la policía, el uso del ejército, al que, por primera vez son atribuidas funciones de orden público y no sólo de ayuda a las distintas fuerzas policiales. Los militares se tornan en policía: el proceso de ósmosis empezado hace algunas décadas, finalmente se cumple. La guerra no se para. Misiones militares, prácticas militares y campos de tiro siguen muy bien. Es la guerra a los pobres en los tiempos de Covid-19.

El gobierno ha prohibido toda forma de manifestación pública y toda reunión política.

Arriesgar la vida para el patrón es un deber social, cultural y toda acción política, en su contra, es considerada actividad criminal.

Es el intento, no muy oculto, de impedir cada forma de confron-



lucha en los lugares de trabajo y las libertades civiles y políticas. No será una sorpresa si la retórica de "responsabilidad" es usada para refinar más los mecanismos de disciplina y control social, para restringir más la libertad de movimientos, para restringir más la libertad de huelga y manifestación, que está ahora, de hecho, suspendida. Ya ahora, el número de aquellos denunciados por violación de los decretos excede a aquellos infectados. En esto seremos reclamados para la monitorización proactiva y la acción sin vacilación.

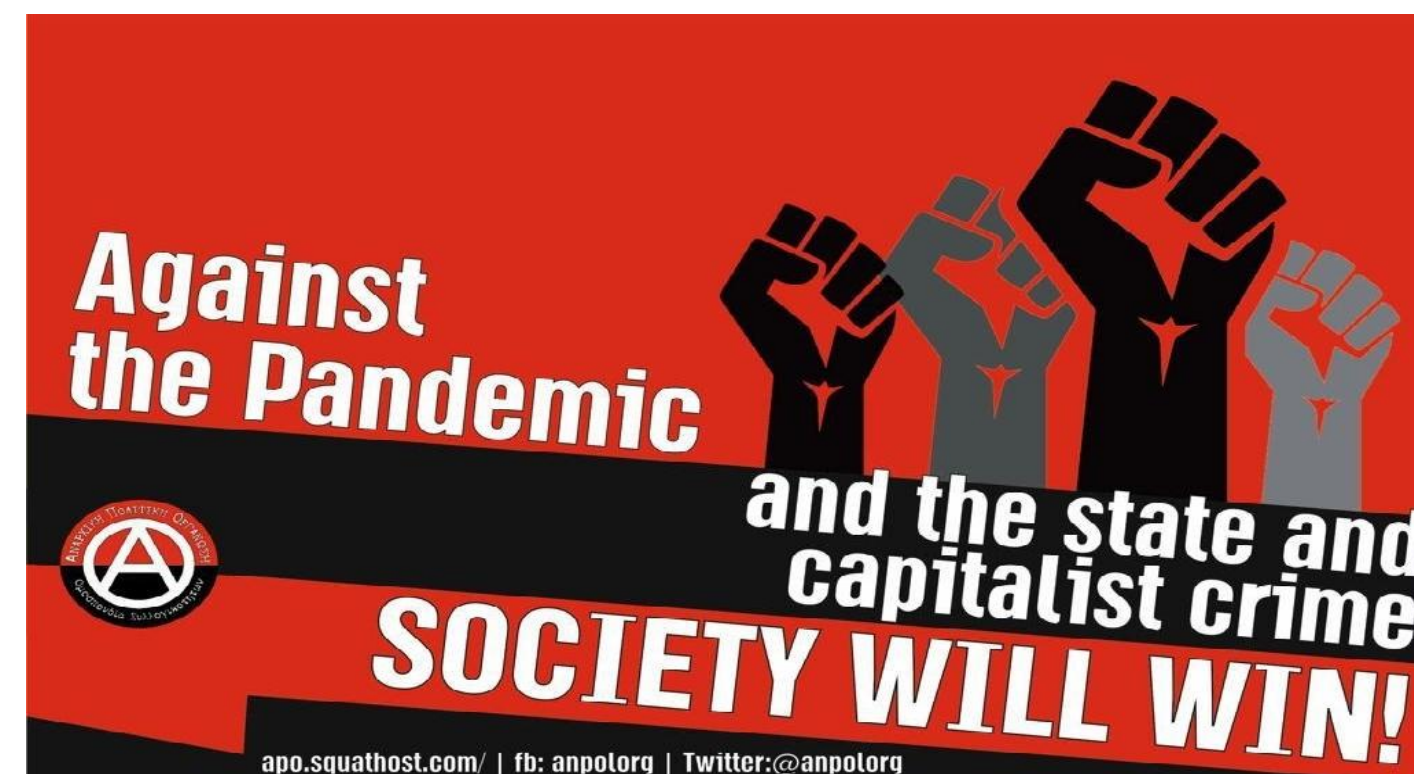
Nos solidarizamos con todos los que, en este momento, están arriesgando sus vidas para salvar otras; con todo el personal que trabaja en hospitales; con aquellos que trabajan y hacen huelga para garantizar condiciones seguras para sí mismos y para los demás; con todos aquellos que no secundan la iniciativa #restareacasa (= #quedarseencasa) porque no tienen un domicilio. Nos solidarizamos con aquellos que tienen miedo porque temen por ellos y sus seres queridos. Simpatizamos

con todos aquellos que han caído enfermos y se han alejado de su casa sin ser capaces de tener contacto con sus amigos por la ausencia de equipo protector; simpatizamos con todos aquellos que están muriendo sin cuidados paliativos por la ausencia de elementos de emergencia adecuados; y simpatizamos con todos aquellos que han tenido que tomar decisiones sobre las vidas de otros, a quién intubar y a quién no, en un intento desesperado para reducir el daño al mínimo cuando el éste es seguro.

No olvidaremos quién es responsable por lo que pasa hoy: Gobiernos y Estados han sacrificado la salud de todos nosotros eligiendo beneficio económico, guerra y reforzamiento de su poder.

Los Gobiernos y los Estados no deben engañarse a sí mismos: las luchas no serán puestas en cuarentena.

Comisión de Correspondencia de la
Federación Anarquista Italiana - FAI



Coronavirus y emergencia: no olvidamos en qué lado de la barricada estamos

Frente a esta crisis, el Estado y el Capital están mostrando, con evidencia sin precedentes, todas sus enormes limitaciones y su incapacidad estructural para tener en cuenta las necesidades y la salud de las personas.

En Italia, las opciones políticas de los Gobiernos han recortado constantemente la Salud pública (más que pública, estatal). Parte de los pocos recursos han sido desviados a la Sanidad privada, incluso durante la actual emergencia. La “regionalización” contemporánea, de acuerdo al modelo corporativo-capitalista, ha realizado, así, este servicio (el cual, en teoría, debería ser universal) diferenciando fuertemente entre regiones ricas y pobres.

Lxs pacientes se han convertido en clientes y los servicios de cuidado han sido monetizados, dentro de un marco general de competición y beneficios.

Esta aproximación al servicio de salud revela su verdad frente a este momento dramático, dejándonos a todxs a merced de esta filosofía que, ciertamente, no tiene piedad humana ni reconoce a lxs otrxs como nuestros seres humanos compañeros, sino que calcula los requerimientos de material mínimo necesario para producir el máximo beneficio, lo que ahora se traduce en la falta de bienes de equipo, la falta de personal contratado, la falta de bienes de consumo en los almacenes.

El resultado es que los fondos incrementalmente limitados y el personal incrementalmente reducido, ya explotados hasta el límite en lo ordinario, no dejan margen para situaciones de emergencia. Hay que admitir, además, que las plazas en Cuidados Intensivos se están acabando, el personal es escaso, los respiradores no están ahí y será necesario tomar decisiones sobre a quién tratar porque no es posible tratar a todas las personas. Y todo esto cuando el Estado utiliza 70 millones de euros al día para gastos militares. Con esos 70 millones gastados en uno solo de los 366 días de este año bisiesto, seis nuevos hospitales podrían ser construidos y equipados, y sobraría algo de dinero para mascarillas, análisis de laboratorio y algodón para exploraciones reales. Un respirador cuesta 4.000 euros, así que se podría comprar 17.500 respiradores al día, bastante más de lo que se necesita ahora.

En semanas recientes hemos presenciado un total graznido de la clase política en el manejo de la emergencia, con exponentes de todos los partidos políticos diciendo de todo y lo opuesto de todo, llamando al cierre y a la apertura dependiendo de lo que dijese sus oponentes. Hemos visto al Gobierno llamar contra el cierre de las escuelas por la Administración regional de Paese (Veneto, Italia) y luego cerrar el país completamente unos días después, hemos visto oportunismos repugnantes y ahora estamos presenciando la retórica del “nosotrxs lo haremos”.

Si lo hacemos no será, ciertamente, gracias a los Gobiernos nacionales ni regionales. No será, ciertamente, gracias a la militarización masiva de las ciudades y fronteras. No será, ciertamente, gracias a las empresas que, a través de Confindustria (asociación de empleadores industriales), han dejado caer su máscara eligiendo explícitamente el beneficio económico. Ellas han declarado claramente, sin lapsos de palabras, sin vergüenza: “Dejadnos no cerrar; la producción debe continuar.” Esto ha

devenido en huelgas espontáneas en varias empresas, con los centros de los sindicatos grandes persiguiendo las luchas de trabajadorxs que no quieren sucumbir a las proclamas de sus empleadorxs. La caza de los sindicatos del Régimen ha llegado a su mayor expresión con el ridículo protocolo firmado el 14 de marzo, que contiene sólo obligaciones para trabajadorxs y sólo recomendaciones para las empresas.

Este desagradable cinismo, esta hambre de beneficio económico combinada con desprecio por la salud de aquellxs que trabajan, precisamente porque han sido expresados en un momento excepcional tal, no deben dejarse pasar y deben ser interpretados como responsables.

Ningún medio de comunicación principal ha publicado la demanda de lxs abogadx de la asociación de niñerxs, una institución que no tiene nada de subversiva en esto. En la narrativa dominante niñerxs y niñerxs son descritas como héroes/heroínas, desde que enferman y mueren en silencio, sin contar lo que ocurre en los hospitales. Lxs niñerxs que cuentan la verdad son amenazadxs de despido. A aquellxs que son infectadxs no se les reconoce “accidente en lugar de trabajo”, por lo que la compañía hospitalaria no está obligada a pagar compensación; se encuentran a sí mismxs trabajando todos los días sin protección o con protección totalmente inadecuada.

Esta crisis está siendo pagada por aquellxs que tienen un trabajo precario u ocasional, normalmente sin ingresos y sin ninguna certeza de recuperar sus trabajos después de que la epidemia haya acabado. Está siendo pagada por aquellxs que se encuentran en casa teletrabajando, teniendo que conciliar una, a menudo, compleja presencia doméstica de niñxs o gente a quien cuidar y las obligaciones productivas contemporáneas. Está siendo pagada por aquellxs forzadxs a acudir a su lugar de trabajo sin ninguna garantía de salud.

Lxs trabajadorxs están pagando por ella. Iniciaron huelgas espontáneas contra el riesgo de contagio y fueron denunciadxs por la policía, por violar edictos gubernamentales, cuando se manifestaban en las calles por su salud.

Lxs presxs del Estado democrático están pagando por ella. Han provocado revueltas en 30 prisiones en defensa de su propia salud. Durante las revueltas murieron 14 de ellxs. 14 personas que –nos lo contaron– podrían haber muerto por sobredosis de drogas auto-inducidas. 14 personas sometidas a la responsabilidad de un sistema para el que, tal vez, no le pareció cierto ser capaz de aplicar otras medidas de contención con un puño de hierro, no tanto de la infección sino de lxs presos mismxs. En una situación explosiva debida a las ya indignas condiciones que se han vivido dentro de las prisiones durante años –de una manera estructural y no excepcional–, el Gobierno ha decidido cancelar las visitas, sin tomar medidas efectivas para proteger la salud de lxs presxs.

Desafortunadamente, estamos bien avisados de que, una vez que esta fase de emergencia termine, habrá la misma gente de siempre que perderá en términos de empobrecimiento y mayor explotación. Porque incluso si nadie de nosotrxs tiene la “bola de cristal”, ya se puede predecir que ellxs utilizarán la excusa de “recuperación”, “recuperación económica”, “superar la crisis”, para comprimir incrementalmente los espacios para la

tación, discusión, lucha, construcción de redes solidarias que permitan realmente apoyar a quien se encuentra en mayor dificultad.

La democracia tiene pies de arcilla. La ilusión democrática se ha derretido como nieve al sol delante de la epidemia. Se aceptan con entusiasmo disposiciones ex cathedra del presidente del consejo: ningún debate, ninguna transición del templo de la democracia representativa, simplemente el edicto. Quienes no lo respeten son definidos “untori”, asesinos, criminales y no merecen piedad.

Así los verdaderos responsables, los que recortan la sanidad y multiplican los gastos militares, los que no garantizan las mascarillas ni a los enfermeros, los que militarizan todo, pero no hacen las pruebas porque “cuestan 100 euros” se firman la absolución con la satisfacción de los prisioneros del miedo.

El miedo es humano. No tenemos que avergonzarnos, pero tampoco tenemos que permitir a los empresarios políticos del miedo su uso para obtener el consentimiento de políticas criminales.

Nosotros hemos luchado para impedir que cerrasen los hospitales más pequeños, que cerrasen centros sanitarios importantes para todos. Estábamos en la calle al lado de los trabajadores del Valdese, del Oftálmico, del María Adelaide, del hospital de Susa y de muchos otros sitios de nuestra provincia.

En noviembre estábamos en las calles para cuestionar la feria del mercado de la industria aeroespacial de guerra (Aerospace and Defence Meeting). Nosotros luchamos cada día en contra del militarismo y de los gastos de guerra. Nosotros estamos en los senderos de la lucha No TAV, porque con un metro de TAV se pagan 1000 horas de terapia intensiva.

Nosotros hoy estamos al lado de los que no quieren morir en la cárcel, de los trabajadores denunciados y contra los cuales la policía ha cargado porque se quejaban por la falta de protección contra la difusión del virus. Estamos al lado de los enfermeros y las enfermeras que trabajan sin protección y arriesgan su propio trabajo contando lo que pasa en los hospitales.

Hoy gran parte de los movimientos de oposición política y social se callan, incapaces de reaccionar, aplastados por la presión moral que criminaliza quien no acepta sin discutir la situación de creciente peligro provocada por las elecciones

generales de ayer y de hoy

Reducir los movimientos y los contactos es razonable, pero es aún más razonable luchar para poder hacerlo con seguridad. Debemos encontrar lugares y maneras para luchar en contra de la violencia de quien nos encierra porque no sabe y no quiere protegernos.

Como anarquistas sabemos que la libertad, la solidaridad, la igualdad en nuestras mil diversidades se obtienen con la lucha. No se delega a nadie y mucho menos a un gobierno cuya única ética es el mantenimiento de los escaños.

No. Nosotros no estamos “listos para la muerte”. No queremos morir y no queremos que nadie se ponga enfermo y se muera. No nos dejamos reclutar por el regimiento cuyo destino es la masacre. Somos desertores, rebeldes, partisanos.

Pretendemos que las cárceles se vacíen, que quien no tiene casa obtenga una, que los gastos de guerra sean cancelados, que a todo el mundo se le garanticen análisis clínicos, que cada uno tenga los medios para protegerse a sí mismo y a los demás de la epidemia.

No queremos que sólo sobrevivan los más fuertes. Nosotros queremos también que quien haya vivido mucho, pueda seguir haciéndolo.

Queremos que quien se encuentre mal pueda tener a su lado a alguien que le ame y que pueda reconfortarlo: con dos cazabombarderos F35 menos podríamos tener trajes protectores y cada protección necesaria para que nadie más se muera solo. ¿Irà todo bien? ¿Lo conseguiremos? Depende de cada uno de nosotros.

Los compañeros y las compañeras de la Federación anarquista de Turín, reunida en asamblea el 15 de marzo de 2020.

Dedicamos este nuestro texto a la memoria de Ennio Carbone, un anarquista, un médico que ha dedicado su propia vida a la investigación científica, intentando quitársela de las voraces manos de la industria que solo financia lo que le renta.

Él en tiempos insospechados, nos habló del riesgo de una pandemia como la que vivimos hoy.

En estos días difíciles echamos de menos su voz, su experiencia.



La crisis del coronavirus y la amenaza del ecofascismo

Desde que se detectó en China hace meses el CoVid-19 (coronavirus) sabemos que éste es muy contagioso, que no alberga demasiado riesgo para la mayoría de la gente (el 80% de las contagiadas cursan síntomas leves) pero cuenta con una tasa de mortalidad considerable para gente vulnerable (personas de más de 60 años y/o con patologías previas). Asimismo, un porcentaje suficientemente alto de gente contagiada necesita cuidados intensivos como para saturar el sistema de salud estatal si se extiende de manera amplia.

Por eso, con la intención de ralentizar la tasa de contagios para evitar la ruptura del sistema ("frenar la curva" se llama), el Gobierno nos confinó a todas en nuestras casas, por Decreto, el pasado 14 de marzo y el ejército y la policía ocuparon las calles de las principales ciudades. Eso sí, manteniendo abiertos todos los puestos de trabajo (no vaya a ser que colapse la economía) que no fueran de cara al público y, por consiguiente, seguimos cruzándonos con muchas personas por la calle, en el metro y en el autobús, lo cual ha permitido una mayor propagación del virus de lo esperable.

Lo que la crisis del coronavirus nos muestra sobre la salud de nuestro planeta

Tras unos días de encierro y reclusión, los medios han empezado a dar cuenta de algunas imágenes insólitas que se están dando en los epicentros turísticos del mundo: en los canales de Venecia discurre agua cristalina, se vislumbran algas bajo las góndolas y navegan peces y patos entre ellas; en la ciudad japonesa de Nara, los ciervos campan a sus anchas; en Oakland, hacen lo propio pavos reales; y se han avistado jabalíes por las calles de Barcelona.

Un estudio de la Universitat Politècnica de València indica que los niveles de dióxido de nitrógeno, indicadores para medir la contaminación, han descendido dramáticamente en las principales ciudades del Estado en los diez días que siguieron a la declaración del estado de alarma: un 83% en Barcelona, un 73% en Madrid y un 64% en Valencia.

Otro estudio, desarrollado por la Società Italiana di Medicina Ambientale indica que la reducción de las emisiones no sólo es positiva en general para el medioambiente, sino incluso para evitar la propagación del virus, pues vincula la propia contaminación (concretamente, el polvo fino en el aire) como vector de propagación del contagio.

La transición a un modelo más sostenible

Estos datos evidencian que, bajando el ritmo de producción a niveles más manejables, disminuyendo el consumo de lo innecesario, limitando el turismo destructivo, realizando únicamente los viajes que sean imprescindibles y acabando con la dañina competencia que rige nuestro sistema económico, las emisiones se reducen y nuestro planeta se convierte en un lugar mucho más habitable.

Situaciones como ésta parecen indicar que la transición hacia un modelo productivo con menor uso de recursos (fósiles y de cualquier tipo) es inevitable. La cuestión es cómo se llevará a cabo. Porque ganar la disyuntiva entre una transición liberadora (ecosocialismo) o una que aumente los grados de opresión y diferencias sociales (ecofascismo) parece que será el próximo gran reto de los movimientos sociales.

No es la primera vez que hablamos de este tema. Hace cuatro años Carlos Taibo publicó Colapso: Capitalismo terminal,

transición ecosocial, ecofascismo (Catarata, 2016), libro en el que teoriza acerca de la posibilidad de un colapso (entendido como un golpe fuerte que provoca la quiebra de las instituciones preexistentes, como lo podría ser una catástrofe climática) y las dos respuestas que se podrían dar: una transición socialmente justa y comunitaria por un lado, o el ecofascismo por otro, siendo esto último la imposición de restricciones severas por parte de un Estado fuerte y autoritario al que no le tiembla la mano a la hora de usar la violencia para mantener el equilibrio ambiental a cambio de perpetuar las diferencias sociales.

Esta segunda posibilidad, además, cuenta con importantes precedentes. En el mes de febrero reseñamos en este periódico el recomendable ensayo Ecofascismo: Lecciones de la experiencia alemana (Virus, 2019), en el que se recorre los estrechos vínculos entre el Tercer Reich y el mensaje ecologista.

La transición a un modelo más justo

Evidentemente, apostamos por una transición para salir de la emergencia climática que, a su vez, sea socialmente justa. Y no puede haber transición justa sin una transformación en el mundo del trabajo que asegure una reconversión que otorgue protagonismo a las clases trabajadoras, además de que tenga en cuenta los postulados antirracistas y feministas.

El mes pasado reseñamos en este medio el informe de Ecologistas en Acción titulado "Sin planeta no hay trabajo: Reflexiones sobre la emergencia climática y sus implicaciones laborales en el marco de una transición justa". Precisamente aborda todas las cuestiones de justicia social que hemos abordado, lo que hace que su importancia sea incluso mayor hoy que entonces.

Otras propuestas de justicia social las encontramos en campañas que han surgido en los últimos días para hacer frente a la crisis del CoVid-19. Una (impulsada por Sindicatos de Inquilinas, PAHs y asambleas populares y políticas) es la que busca la aprobación de un Plan de Choque Social, que defiende la sanidad universal frente a la exclusión sanitaria de personas extranjeras, destinar más ayudas económicas a trabajadoras, intervenir empresas privadas de gestión de servicios esenciales, prohibir los despidos, dotarnos de una renta básica universal, liberar a las personas presas vulnerables, suspender el pago de alquileres, hipotecas y suministros básicos, cerrar los CIEs y suspender la Ley de Extranjería, entre otras.

Otra campaña, conocida en redes como #SuspensiónAlquileres, defiende la suspensión del pago de las rentas del alquiler durante todo el estado de alarma y coquetea con la posibilidad de convocar una huelga de inquilinas si el Ejecutivo no adopta sus medidas (acto que cuenta con un importante precedente que se llevó a cabo en 1930). El coronavirus no es una oportunidad

Como hemos dicho, la transición climática debe venir acompañada de una transformación del mundo del trabajo para ser justa. Por ello, la crisis del coronavirus que estamos viviendo quizás no sea el mejor ejemplo de decrecimiento y reducción de emisiones que se puede predicar. En unos meses, si no semanas, vamos a empezar a perder nuestros empleos y, con ellos, nuestras viviendas. Todo parece indicar que habrá miles de despidos (en parte, por la ausencia de medidas proteccionistas de clase trabajadora desarrolladas por el gobierno durante el estado de alarma) y pagar los alquileres se va a con-



Para lxs anarquistas, por contra, un rayo de sol debe ser la evidencia de la rápida formación de grupos de ayuda mutua por todo el país, especialmente en Facebook. La revista "Freedom" (= "Libertad") ha publicado una lista de éstos, los cuales efectivamente están creciendo muy rápidamente: <https://freedomnews.org.uk/covid-19-uk-mutual-aid-groups-a-list/>

El apoyo mutuo ha sido forzado en nosotrxs por el enfoque del Estado neoliberal sobre los servicios públicos y vida en general durante la última década de austeridad. La idea del Gobierno de su majestad de que las personas mayores de 70 años sean preguntadas para comenzar su aislamiento ellas mismas "dentro de las próximas semanas" para "un largo tiempo" está, obviamente, creando preocupación y dificultad práctica, que requiere un gran esfuerzo comunitario para superarlo. Pero muchas personas están ya involucradas en actividades de apoyo mutuo, como los bancos de alimentos. Lxs habitantes, vecinxs de barrio y grupos de iglesias existentes deben ser, probablemente, la vanguardia de respuesta rápida. Lxs anarquistas, con nuestra experiencia en hacer funcionar redes de solidaridad local, estamos también involucradxs en crear o apoyar nuevos grupos. Estos grupos ayudarán a asegurar que la gente vulnerable sea alimentada y provista de sus medicaciones, y se puedan coordinar aspectos como el cuidado de niñxs de trabajadorxs de la salud y otrxs.

Lxs trabajadorxs están, también, tomando la acción, conminando a sus empleadorxs a hacer las cosas correctamente más rápidamente. Ha sido evidente en las luchas universitarias esta última semana, en que lxs huelguistas de las líneas de piquetes han utilizado la solidaridad y comunicación de campo para hacer que lxs jefxs actuaran más rápidamente para cancelar cosas como los "días abiertos" que podrían haber producido movimientos de masas de potenciales estudiantes y ma-

dres/padres por toda Inglaterra. En todo Italia trabajadorxs de fábricas, del acero y de muelles de carga están luchando contra sus jefxs sin contemplaciones.

El coronavirus no será vencido por el apoyo mutuo comunitario solamente; los grupos involucrados en la comunicación directa son, seguramente, un recurso de salud pública que ayudará a contrarrestar el miedo y atenuar más efectivamente el ruido de malas informaciones de la mercadotecnia directa o los mensajes de medios de comunicación generalistas. Más optimistamente, si no demasiado en esta crisis presente, este tipo de grupos pueden actuar adecuadamente como trampolín para una mejor cohesión social, que es parte de la revolución social que va a llegar en el futuro. Esperanzadoramente, el apoyo mutuo amable previsto por lxs anarquistas también supondrá una vacuna en el oportuno proceder, por medios de cooperación científica. Por otro lado, será importante aprender de las diferentes maneras en que los Estados están respondiendo a la epidemia, porque no se dudará en aplicar en un próximo futuro las medidas que se están poniendo en marcha, para el control fronterizo y de movimientos, con el propósito de represión interna en los Estados o regiones o para manejar la emergencia climática, u otras crisis todavía desconocidas que el capitalismo cree.



Artículo original realizado por la AF (Britain) (= Federación Anarquista, Inglaterra) el 15 de marzo de 2020: <http://afed.org.uk/more-of-the-state-youve-got/>



dades de identificar lo más pronto posible a aquellxs necesi-
tadxs de cuidados y de proveérselos completamente. No hay
espacio aquí para un militarismo que marcharía completamen-
te armado por las calles, causando ansiedad y preocupación
en paseadores de perros y la juventud. Necesitamos rechazar
totalmente la idea de que los problemas sociales y sanitarios
pueden ser resueltos con represión. ¡El virus será parado por
la solidaridad y el cuidado, no por armas y multas!

3. ¡Ningún gobierno se merece tu confianza! El Gobierno de
extrema derecha actual planea más allá. Está claro que des-
pués de la primera ola de ansiedad las personas comenzarán
a reflexionar sobre qué medidas han sido introducidas para
luchar contra la sensación creada de pandemia y cuáles están
justo ahí para encubrir otras cuyo propósito haya sido ampliar
el empobrecimiento de las personas, manejar premios financie-
ros para aquellxs que ya eran ricxs e introducir nuevos meca-
nismos autoritarios de gobernanza. En el nombre de la preven-
ción ellxs adoptan medidas que no tienen ninguna acción con-
tra la expansión del virus y estrechan el espacio donde la liber-
tad pueda existir. ¡Tomando el virus y su cuidado para hu-
manxs compañerxs seriamente no deberíamos permitir ningún
espacio de respiro al Gobierno que tratará de acelerar la imple-
mentación de medidas que herirán a lxs más vulnerables de
nosotrxs!

4. ¡Vamos a organizarnos! A pesar del hecho de que el Esta-
do de emergencia azuza el sentimiento de que cualquier oposi-
ción a todas las nuevas medidas es imposible, deberíamos no
caer en la trampa de la falta de poder. Estamos frente a un
nuevo reto que tenemos que afrontar y comenzar con nuevas
vías de pensamiento sobre cómo, por un lado, no permitimos
respirar al virus y, por otro lado, tampoco permitimos al Estado
materializar su arrogante y de mente estrecha agenda –todo
ello responsablemente, mientras estamos segurxs–. La razón
por la que éste quiere convencernos de que estamos en guerra
es porque así puede sacrificarnos justificadamente en el nom-
bre de un llamamiento nacional superior. No obstante, toda
medida necesita ser evaluada por cuánto contribuye a lo so-
cial, a lo económico y a la seguridad de la salud de lxs más
vulnerables de entre nosotrxs. La pandemia causará mucho

daño y en algún momento desaparecerá, pero la dictadura
continuará. El régimen capitalista está dejando claro una vez
más que no tiene nada que ofrecer a la gran mayoría de la
sociedad. A cada crisis que encuentra –a menudo las produce
– sobrevive tratando a las personas como bienes fácilmente
reemplazables que son arrojados, por rutina, a la miseria. No
se puede seguir apreciando esto. ¡No podemos sufrir tanto por
todo para acabar retornando a lo mismo!

Vamos a pensar sobre lo que podemos hacer en pequeños
grupos, sobre cómo podemos ayudar a otrxs fuera de las es-
tructuras del Estado y, más allá de todo, sobre cómo podemos
expresar nuestro desacuerdo con el Estado de emergencia.
¡Vamos a pensar en si este mes pagaremos las facturas
(muchxs incluso no tienen dinero para ello) y en construir un
movimiento político fuera de esto! Ahora, cuando Liubliana
está finalmente sin turistas, es el momento de preguntarnos
por qué vivimos en agujeros y seguimos pagando los alquileres
como si habitásemos mansiones lujosas de alguna capital
europea. ¿Tal vez, sólo tal vez, podamos aprender de otrxs de
tantos lugares y concepciones y así organizar una huelga de
alquileres?

Si tenemos deudas y/o si estamos en la espiral de desespe-
ración, miedo, inseguridad, vergüenza por nuestra pobreza
deberíamos admitir estos sentimientos y situaciones ante lxs
demás y así hablar públicamente de ello. De esta manera po-
demos abrir un camino hacia soluciones que podrían ensan-
char las grietas del sistema del cual sólo unxs pocxs se benefi-
cian. De esta manera podemos y debemos redescubrir qué
significa la dignidad.

¡Somos más que cinco!

¡Contra el miedo y el Estado de emergencia, por la solida-
ridad!

El coronavirus ha arrodillado al capitalismo; ¡volver a la
normalidad previa no es una opción!

Iniciativa anarquista de Liubliana

APL - FAO - IFA,

Pronto será ocupada otra vez Liubliana

19 de marzo de 2020

Más del Estado que tienes (mientras la ayuda mutua crece para enfrentarse al coronavirus)

Cuando varios gobiernos se implican en la acción, o no, sobre
la realidad de la pandemia del coronavirus, es evidente que las
diferentes aproximaciones de contención y retraso tienen un
componente ideológico muy fuerte.

La aproximación de vigilancia de masas de China ha visto blo-
queado el criticismo contra el Estado en la expansión de la pla-
taforma de medios sociales WeChat y lxs reporterxs ciudadanxs
siendo sacados de las calles, mientras la plataforma de la apli-
cación de comercio electrónico Alipay (como Paypal en Reino
Unido) ha sido obligada a reconstruir y trazar movimientos de
individuos. Está haciendo esto asignando al “Código de Salud
de Alipay” el estatus de Rojo, Amarillo o Verde, el cual está
siendo utilizado para controlar el acceso al trabajo, a instalacio-
nes públicas y el movimiento en general.

En Reino Unido, la aproximación del Gobierno central es igual-
mente ideológica, fuertemente criticada la última semana por ser
demasiado laxa, aparentemente teniendo más preocupación por

el sistema económico que por sus personas, especialmente con
la idea de que dejar que la población alcance una “inmunidad de
grupo” es algo casi a estimular, lo que podría ser una sentencia
de muerte para muchas personas que son immuno-
comprometidas o tienen discapacidades particulares o condicio-
namientos de largo plazo. Añadido a esto está el Ministerio de
Sanidad del Estado, eligiendo informarse por expertxs en Eco-
nomía de entorno y Salud pública, “dando un codazo” a lxs ciu-
dadanxs para tratar de estimularles a hacer lo correcto. Como
resultado, la acción para parar el contacto social ha sido dejada
tanto por toma de decisión no estatal como por la decisión de
entrenar los cuerpos para cancelar partidos y encuentros en el
futuro.

En Italia el Gobierno se ha tornado más controlador, introdu-
ciendo multas y amenazando con tiempo de prisión a las perso-
nas que no se adhieren a las nuevas prohibiciones de movi-
miento.

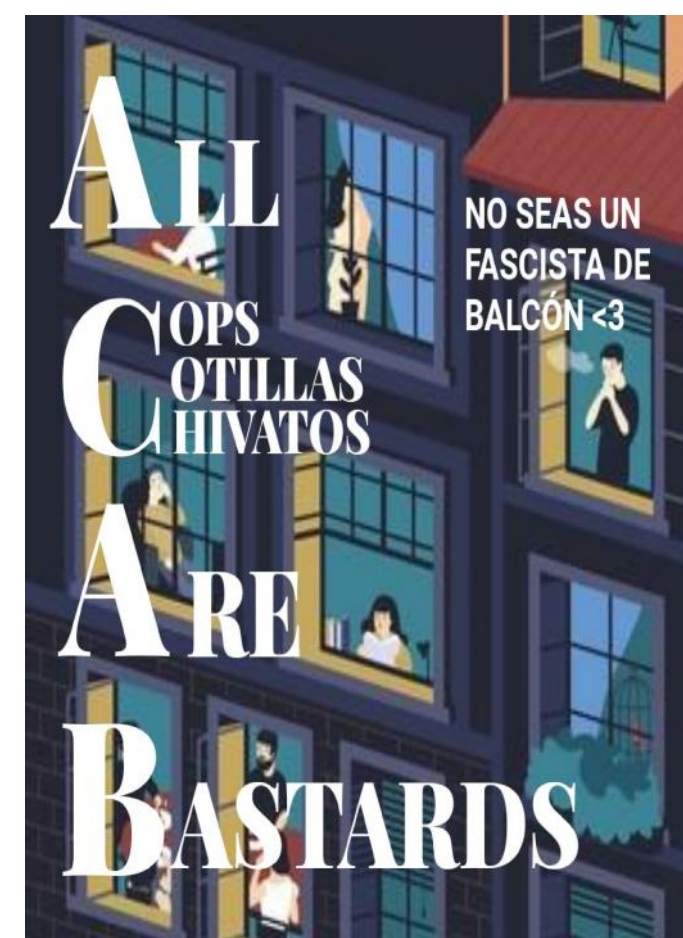
vertir en una tarea imposible. El resto, ya lo conocemos: recor-
tes (de nuevo, en sanidad y educación), desahucios, etc.

Es un error estratégico, a la hora de intentar ganar la batalla
cultural de que tenemos que vivir con menos, asociar la reduc-
ción de emisiones a corto plazo a una crisis económica, como
también lo es asociar el decrecimiento a una crisis sanitaria
grave que tanto dolor está provocando.

Por otro lado, tampoco conviene asociar la transición climáti-
ca a la crisis del coronavirus por otra razón: después de que el
14 de marzo se decretara el estado de alarma, hemos vivido
un repunte de autoritarismo que nos acerca más al ecofascis-
mo que al ecosocialismo. Esto no puede ser el ejemplo de ges-
tión de catástrofes que debemos defender. En menos de dos
semanas nos han confinado en nuestras viviendas, el ejército
patrulla las calles, los militares dan ruedas de prensa enalte-
ciendo los valores castrenses y llamándonos “soldados”, el
lenguaje bélico en la lucha contra el virus se ha normalizado,
los drones circulan por los aires, el gobierno ha ordenado geo-
localizar nuestros móviles para estudiar nuestros comporta-
mientos y se ha dotado de la capacidad para intervenir empre-
sas de telecomunicaciones (estado de excepción digital), se
han recortado los derechos de las personas presas, se han
cerrado las fronteras, la policía ha detenido a 929 personas e
impuesto más de 100.000 multas en una semana, hemos vivi-
do situaciones en las que nuestras vecinas se asoman a la
ventana para chivarse de quien se encuentra en la calle, insul-
tan al infractor, aplauden a la policía y justifican la violencia
policial (¿os acordáis de los buenos tiempos, en los que sim-
plemente se negaba y no se celebraba?).

Por citar algunos ejemplos: en un artículo titulado «Justicieros
de balcón en tiempos de cuarentena: ‘Me han insultado y
deseado la muerte por salir con mi hijo con autismo’», la perio-
dista Marta Borraz recoge distintos casos de gente que ha ido
por la calle a trabajar, a cuidar de un familiar, o acompañando
a un hijo con autismo que han sido increpadas, insultadas o
denunciadas ante la policía.

Y ello por no hablar de las actitudes racistas que se están
normalizando: Trump y Ortega Smith (Vox) se refieren al CoVid
-19 como “virus chino”, y éste último asegura que sus
“anticuerpos españoles” le salvarán; tanto SOS Racismo como
Es Racismo denuncian un incremento de redadas racistas en
Madrid, Bilbao y Barcelona; y Vox propone eliminar la sanidad



a los extranjeros en situación irregular en estado de alarma (lo
cual no es sólo un atentado contra los derechos humanos, sino
un peligro de salud pública).

Se está creando un caldo de cultivo de odio, militarismo y
prefascismo que debemos combatir con pedagogía, un discur-
so antiautoritario y asambleario, oponiéndonos a la vigilancia
digital permanente, recuperando movimientos populares hori-
zontales como el 15-M y con propuestas de justicia social co-
mo las que hemos mencionado sobre estas líneas. Debemos
huir del ejemplo del estado de alarma como modo de gestión y
proponer la defensa de lo comunitario si pretendemos que la
transición ecológica sea justa. Nos va, muy literalmente, la vida
en ello.

<https://www.todoporhacer.org/coronavirus-ecofascismo>



Virus y pruebas de tecnomundo



VIRUS Y PRUEBAS DE TECNOMUNDO

Los acontecimientos de este último período son un resumen de lo que probablemente veremos en un futuro no muy lejano; en resumen, el cambio de estas semanas pone de relieve una reestructuración mucho más profunda y duradera que la expansión de un virus.

Tres elementos se entrelazan entre sí como la columna vertebral de esta nueva sociedad que nos encontramos delante.

LA DESGLOBALIZACIÓN

Cuando la noticia del virus empezó a circular y China tomaba las primeras medidas encaminadas al cierre, algo absolutamente nuevo estaba sucediendo: una de las principales potencias productoras, uno de los lugares que asegura la producción a las multinacionales de medio mundo, se detuvo. Esta situación nos ha dado la oportunidad de ver de primera mano una tendencia presente en los últimos tiempos, en la que las relaciones entre las economías capitalistas están cambiando.

Hasta hace poco, el sistema capitalista se basaba en lo que se ha llamado globalización, porque global era el sistema de explotación con la posibilidad de producir en todas las partes del mundo y donde fuera más conveniente. Sin embargo, la globalización trajo consigo un problema, la interdependencia entre las potencias: la producción de un determinado país, incluso uno poderoso como los Estados Unidos, empezó a depender de otro país, por ejemplo, China; sus suministros en términos de materiales para la creación de bienes, más que de materias primas, estaban vinculados a una relación con otro Estado. La fragilidad de esta relación surgió cuando detrás del comercio de servicios y bienes tecnológicos se vio la larga mano del control sobre los datos y la información del propio país. Por ello, en los últimos años un país como Estados Unidos, que ha hecho del imperialismo su bandera de identidad, ha estado presionando para que todos los estados cierren sus

puertas a Huawei en la creación de la red 5G y por otro lado está invirtiendo miles de millones de euros en la búsqueda de suministros de materias primas en su propio suelo, o está imponiendo aranceles a las mercancías de un país como China. En otras palabras, una de las grandes potencias desde el punto de vista económico y político está empezando a desglobalizarse, a volver a traer la explotación a su propia casa porque quizás la época de la globalización ha comenzado su declive.

En una entrevista en 2018 publicada en "El Solé 24 Ore", el premio Nobel de Economía M. Spence dijo: "La globalización es arriesgada, pero el mundo necesita ser reconfigurado". Según el economista, en los últimos años ha habido un cambio de rumbo, necesario porque "estábamos en un camino que no funcionaba para la gente". En pocas palabras, ahora estaba claro para la gente que la globalización no había traído los beneficios prometidos y mucho menos una distribución uniforme de estos. Entonces, ¿qué puede hacer el sistema sino ofrecer una solución a sus propios problemas? Y esto, continúa el economista, es posible porque mientras tanto "hemos aprendido muchas cosas", en particular la inteligencia artificial y la centralidad de la tecnología como herramienta para un cambio radical.

AUTOMATIZACIÓN DEL TRABAJO Y MANO DE OBRA VULNERABLE AL CHANTAJE

Dentro de este nuevo modelo de desglobalización, ¿cómo se reestructurará la explotación interna necesaria para mantener en marcha el modelo productivo industrial?

La creación de un mercado de mano de obra barata y sobre todo fácil de coaccionar, como por ejemplo la población migrante, es una primera respuesta. Las últimas políticas internacionales basadas en el cierre de fronteras y en políticas de aparente rechazo tienen un gran efecto: aumentar la masa de "clandestinos" sin documentos, en pocas palabras, de perso-

versión social. Los capitalistas, como siempre, obtendrán beneficios a mediano y largo plazo tras la crisis, mientras que los pobres cargarán sobre sus hombros con todo el peso de las consecuencias terribles postcrisis.

6.- Siguiendo con lo económico, la banca global será uno de los sectores más beneficiados, tal cual ha ocurrido luego de catástrofes desde siglos atrás. Se continuará enriqueciendo a costa del sufrimiento y la desgracia de la mayoría, y de la necesidad que tendrán los países de buena parte del mundo de refinanciar su deuda para recuperarse económicamente, sin importar el sacrificio a que someterán a su población para pagar esa deuda. Luego de la Segunda Guerra Mundial, con su doloroso saldo de muertos y heridos y devastación material, la banca estadounidense "apoyó" a media Europa mediante el famoso Plan Marshall, obtuvo enormes ganancias con el paso de los años, y de paso tuvo a los eurooccidentales a su merced hasta el día de hoy; y con la crisis generada por el COVID-19 seguramente Estados Unidos volverá a tratar de beneficiarse y así recuperar de forma parcial su economía, pero también estarán la banca de China y de otras potencias procurando

ofrecer sus servicios "desinteresados" para ayudar a las naciones que resulten más afectadas por la catástrofe sanitaria de turno.

7.-La Industria farmacéutica global será otro sector con importantes ingresos durante y después de esta crisis, en especial por la cantidad de medicamentos e insumos vendidos en todo el mundo, buena parte de ellos ineficaces para controlar y tratar la infección, que cede mejor con el reposo y la ingestión de abundantes líquidos. Más aún, las corporaciones globales de algunas potencias están en plena lucha frontal por llegar a tener la exclusividad de fabricar y vender la vacuna contra la infección originada por el COVID-19, y obviamente no podía faltar en este sentido Estados Unidos. En realidad, el ámbito sanitario a escala mundial es visto como un vulgar negocio desde hace mucho tiempo, siendo la farmacéutica una de las más prósperas industrias en el planeta, a la que por supuesto no conviene que la mayoría de la población esté sana.

Rubén Alexis Hernández
www.rubenhernandezinternacional.blogspot.com

¡Deberíamos responder al coronavirus con solidaridad y no con militarismo y violencia!

Cuando en 2015 la gente que huía de la guerra, la violencia y la pobreza rechazó masivamente la orden de quedarse "en casa" se provocó un colapso temporal del régimen de seguridad de la Fortaleza Europa. Lxs administradorxs del sistema de la miseria capitalista interpretaron esto como una señal para presionar la introducción de nuevas herramientas de vigilancia de los movimientos y la vida de todxs, no sólo de aquellxs con "documentación falsa". En aquellos momentos, en Eslovenia, el gobierno de centro extremo hizo un gran esfuerzo para crear una atmósfera de Estado de emergencia, que fue rápidamente rellena con un amplio rango de nuevas medidas dirigidas a la resolución de la llamada "crisis migratoria". Más tarde, cuando el gobierno declaró que la crisis había sido superada, esas medidas se mantuvieron. Una de ellas fue el cambio en la Ley de Defensa (Zakon o obrambi) y la inserción del nuevo artículo 37a, el cual determina que el Parlamento puede, a propuesta del Gobierno y para propósito de seguridad de frontera del Estado, dar al Ejército el poder, que de otra manera está reservado sólo para la Policía, de: emisión de avisos legales a lxs civiles, dar órdenes a lxs civiles, limitación temporal de movimiento de individuxs civiles y control de masas.

En aquellos momentos una gran parte de la gente hizo lo mejor que pudo para resistir el plan diseñado por el Gobierno de centro extremo, pero la apisonadora autoritaria fue muy fuerte. La ley fue enmendada y la Corte Constitucional, que estaba bajo gran presión de lxs centristas y lxs extremistas de derecha, olvidó el Referéndum reclamado por la sociedad civil. Algunxs justificaron su oposición con un aviso de que el cambio de ley propuesto, por primera vez en la historia del Estado esloveno, crearía una posibilidad para el Ejército de conducir legalmente la supervisión y represión de la población civil (por ejemplo, en la aparición de una nueva crisis social y resistencia popular a la respuesta del Gobierno que seguiría inevitablemente). Sólo un par de años después el nuevo Gobierno de extrema derecha decidió invocar el artículo que había establecido conveniente-

mente en la ley el centro extremo dos legislaturas antes.

¿Qué podemos interpretar de esto y otros desarrollos para mejor comprender el mundo actual de la pandemia del coronavirus?

1.La pandemia es real. El hecho es que las personas están muriendo y que algunxs de nosotrxs son particularmente vulnerables. Todxs nosotrxs, por lo tanto, merecemos unos cuidados sanitarios apropiados, Seguridad Social y protección del trabajo forzado en condiciones insalubres. En este preciso momento miles de personas están realizando tareas extremadamente importantes. Hoy es finalmente claro que toda esta sociedad no puede funcionar correctamente no sólo sin profesionales de la salud, sino también sin cajerxs en los supermercados, conductorxs, electricistas, cocinerxs, basurerxs y muchxs otrxs. Mas aparte de las profesiones y actividades específicas muy importantes para producir éxitos significativos en la lucha contra el virus, la clave está también en todxs nosotrxs, quienes podemos construir formas de ayuda mutua, sean pequeñas y espontáneas o de largo alcance y más organizadas. Si en pocos días desde ahora, cuando el primer golpe de las condiciones de crisis esté ante nosotrxs, somos capaces de dirigir nuestros esfuerzos hacia el desarrollo de prácticas de solidaridad más allá del círculo familiar inmediato, entonces estaremos capacitados para decir en algún momento de un futuro lejano que bajo la inmensidad y para cada nueva persona gravada por la crisis, nosotrxs elegimos seguir siendo humanxs y cuidar a lxs demás. Según nuestros principios guía la distancia física no debería devenir en distancia social y, luego, en aislamiento social. Dejadnos no implementar el sueño Freudiano tan revelador de las autoridades y, allá donde sea posible, organizarnos por nosotrxs mismxs, en todo momento actuando responsablemente hacia lxs otrxs y hacia nosotrxs mismxs.

2. El militarismo no contribuye nada a combatir la pandemia. La mayor parte de dicha contribución recae en lxs trabajadorxs del Sistema público de Salud y, especialmente, en sus capaci-

La infección por el coronavirus y su manejo político-social-económico por las élites y los Gobiernos

La infección por el coronavirus denominado COVID-19, declarada por la OMS como pandemia, es una lamentable realidad mundial, si bien genera suspicacia debido a su origen, en el contexto del actual panorama geopolítico y económico global, y la feroz guerra, por ahora comercial, entre Estados Unidos y China. En todo caso, haya sido intencional o no el inicio de la infección por el virus en cuestión, lo que sí es cierto es que el desarrollo de la pandemia es un tema de relevancia mediática mundial, y una situación crítica que va siendo aprovechada por los Gobiernos y las élites en pro de sus intereses, y por tanto en perjuicio de las masas. Por desgracia la historia nos enseña que cada crisis o catástrofe en el pasado, debida a factores naturales, biológicos, sociales, económicos, o de otra índole, fue utilizada por los poderosos en su propio beneficio, y así seguirá ocurriendo mientras en el planeta haya una minoría dominante con apetencias egoístas. Más aún, para dichos poderosos ha importado un comino el bienestar de los caídos en situación de pobreza y miseria; para muestra un botón, y es que en el marco de la actual pandemia numerosos economistas, empresarios y políticos se han atrevido a señalar que es tan o más importante atender el ámbito económico-capitalista que el sanitario. ¡Vaya espíritu solidario!

A continuación, algunos elementos que indican claramente que la pandemia por el coronavirus COVID-19, está siendo utilizada nefastamente por las élites y los Gobiernos en sus propios beneficios:

1.- Si bien las epidemias y pandemias han afectado a individuos de cualquier estrato social-económico, es obvio que los ricos siempre han tenido la posibilidad de afrontar con mayor éxito las crisis sanitarias. En este contexto es indudable que los pobres han sido los más vulnerables, y en consecuencia la mayor cantidad de fallecidos ha correspondido a sectores marginados. En el marco de la pandemia por el COVID-19, las élites 'matan dos pájaros de un tiro': por un lado, está siendo reducida "naturalmente" la población pobre y de edad avanzada, de poca utilidad a la economía capitalista, y por el otro lado se aprovecha para debilitar y fragmentar aún más el tejido social conformado por la mayoría.

2.- De lo anterior se desprende que crisis sanitarias como la actual son utilizadas por los Gobiernos para ejercer un mayor control y vigilancia social en medio del estado de emergencia, de alarma o de excepción, y aprovechar, por ejemplo, la ejecución de cuarentenas colectivas para desmovilizar y reprimir aún más a los pueblos en lucha contra los poderes globales. A esta hora se lleva a cabo en medio planeta una especie de toque de queda, y necesario o no para evitar una propagación mayor de la infección, lo cierto es que la pandemia está siendo usada con gran provecho por aquellos Gobiernos fuertemente criticados y denunciados por numerosos ciudadanos. Y evidentemente para lograr que la cuarentena sea cumplida con rigurosidad, no dudarán las autoridades en emplear la fuerza policial-militar de ser necesario, avalada por el marco legal.

3.- Con el cierre de fronteras terrestres, aéreas y acuáticas, crecerá a un nivel alarmante la xenofobia, y será bien manejada por los Gobiernos nacionales que han venido aplicando leyes antiinmigratorias estrictas y extremas por diversas razo-



nes. Cae como anillo al dedo para algunas administraciones de Europa occidental, América del Sur y para el Gobierno del "loco" de Donald Trump, que incluso ha aprovechado para acusar a China de ser la nación responsable de diseminar la infección por el mundo, y por tanto está utilizando la crisis sanitaria para incitar el odio popular en el hemisferio occidental hacia el gigante asiático y sus aliados (como Rusia e Irán), rivales de Estados Unidos, y a la vez está tomando medidas para intentar mantener la hegemonía norteamericana en el orbe.

4.- La enorme relevancia mediática de la pandemia por el COVID-19, ha logrado captar la atención de centenares de millones de seres humanos, además de hacerlos entrar en pánico y zozobra, logrando con esto las élites y los Gobiernos tener una cortina de humo y una justificación para decretar una serie de medidas, por lo general impopulares. Desde el punto de vista económico se están liberando los precios y haciendo recortes salariales y laborales, por ejemplo. Al fin y al cabo, para los poderosos lo primero es cuidar su economía y luego atender las necesidades de la mayoría.

5.- Ya que se hizo mención del aspecto económico en el párrafo anterior, considérese que la actual crisis ciertamente afecta a la economía capitalista en general, pero pronto se recuperará, según analizan diversos personajes ligados al mundo de los negocios. Por desgracia para lograr tal recuperación se pretende desde los Estados estimular al sector privado, con medidas como la inyección de fondos públicos y la reducción de las tasas de interés. Una vez más las empresas y corporaciones globales se beneficiarán con dinero estatal, y de igual manera seguirán enriqueciéndose a costa de la mano de obra y los consumidores, sin mejorar los salarios ni hacer in-

personas aún más vulnerables al chantaje. Todos los Estados saben que no se pueden detener los flujos de personas, máxime cuando huyen sin una posible vuelta atrás; pero saben muy bien que cuanto más represivas y severas sean las políticas que se apliquen, en peor situación se encontrarán las personas que logren entrar: ilegales y más chantajeables aún. Estas personas serán "la vacuna" de la mano de obra a coste cero o casi.

La segunda respuesta es la automatización del trabajo: las grandes empresas, pensemos en Amazon, llevan mucho tiempo invirtiendo en la automatización del trabajo; en parte, la máquina sustituye al trabajador (por ejemplo, un dron puede sustituir a un mensajero) y en parte, la máquina controla y ordena al hombre (por ejemplo, con brazaletes equipados con un sensor para medir los latidos del corazón y comprender si el trabajador está cumpliendo con su deber en el momento adecuado y si lo hace dentro de los tiempos establecidos). Ya no es el hombre quien le dice a la máquina lo que tiene que hacer, sino que la máquina, basándose en cálculos algorítmicos que evalúan la eficacia y en sensores de rendimiento, dirige al hombre controlando sus tareas.

En otras palabras, la producción de mercado, en parte relocalizada dentro de las fronteras nacionales, será económicamente sostenible gracias a la robotización-automatización del trabajo que reducirá los puestos de trabajo (al necesitar menos hombres) y hará la producción más eficiente gracias a la vacuna de mano de obra todavía más vulnerable y precaria.¹

¿Esta reducción de puestos de trabajo y la robotización del trabajo no traerá consigo algún malestar social, algún malestar a punto de explotar?

CONTROL SOCIAL

Cuando el gobierno chino ordenó el cierre de zonas enteras y la restricción de la circulación, utilizó un sistema interesante: la gente tenía un sistema de semáforos, con códigos de colores que permitía a los agentes de las estaciones de tren y otros puestos de control determinar quién podía pasar y quién no. Esa información sobre las personas provenía de dos aplicaciones concretas (Alipay y Wechat) que en los últimos años casi han sustituido al dinero metálico en China. En otras palabras, las aplicaciones tecnológicas que ya poseen la mayoría de los ciudadanos chinos (especialmente en las zonas urbanas) y, al mismo tiempo, los sensores de control igualmente presentes en el territorio, han sido la estructura gracias a la cual el gobierno ha podido controlar los movimientos de las personas y construir un vasto sistema de control. La simple posesión de una aplicación, descargada en tiempos no sospechosos de coronavirus y sobre todo libremente aceptada y elegida por los ciudadanos, ha sido una herramienta eficaz para mapear, vigilar y controlar una enorme masa de personas.

La implantación – ya en curso en lugares más cercanos a nosotros – de tecnologías como la red 5G, las "ciudades inteligentes" (smart cities) y el "internet de las cosas" (IOT) se basan en la instalación de sensores en todo el territorio. Los propios objetos se comunicarán entre sí y con nosotros, a través de dispositivos de los que difícilmente podremos prescindir en poco tiempo, como el teléfono inteligente o todas las demás cosas "inteligentes". Este es el esqueleto sobre el cual cada Estado podrá garantizar un control capilar del territorio en caso de que la reestructuración que hemos mencionado antes cree algún problema de orden público.



Sin embargo, el banco de pruebas en el que nos encontramos inmersos también nos revela algo sobre este control: la posibilidad de intervenir de la manera represiva más clásica debe ser entendida por los Estados como una última solución en caso de que los instrumentos aplicados diariamente no sean suficientes.

Si pensamos en estos días, ¿qué soluciones se han adoptado en las distintas áreas? Trabajo desde casa a través de Internet, enseñanza online en las escuelas, restricción en la propia casa con posibilidad ilimitada de comunicarse mientras sea a través de ondas, entrevistas por Skype para las prisiones en revuelta, cierre de todos los sitios de reunión. En otras palabras, todos los lugares donde, voluntariamente o no, existen relaciones se han cerrado. En esto "la tecnología ha desempeñado una importante labor: eliminar el encuentro de la sociedad"². Esos lugares que frecuentamos y que son, en su mayoría, lugares de explotación y esclavitud, como nuestro puesto de trabajo, la escuela o el bar donde nos refugiábamos para tomar una copa son, no obstante, lugares de encuentro, de relación, de intercambio. Podemos descubrir que incluso el vecino del balcón de enfrente siente el mismo desprecio por los jefes, que mi compañero de pupitre puede ser mi aliado o que el amigo del bar está igual de cabreado que yo. En resumen, la historia nos enseña que estos lugares de alienación también fueron y siguen siendo lugares de posible rebelión porque todavía ofrecen la posibilidad de socializar. Pero si mañana nos proponen trabajar desde casa con el ordenador o estudiar en una plataforma online... ¿no querríamos quizá, que ese mañana fuera el presente? En pocas palabras, el Estado habrá dado un gran paso adelante en el control del pueblo, al haber desintegrado progresivamente los lugares de encuentro y con ellos los de posibles revueltas.

Cuando todo esto se apacigüe, podría delinearse un escenario con:

- La retórica unitaria nacional-estatal: nos dirán y nos diremos que lo hemos hecho bien, que hemos vencido al virus, pero que ahora más que nunca debemos permanecer unidos porque nos encontramos al borde de la crisis. La maniobra financiera de los últimos días y especialmente las próximas a nivel europeo e internacional, serán fundamentales para comprender los posibles escenarios.

Sin embargo, en todo esto, pensamos en Grecia y en el mecanismo con el que el BCE y el FMI han llevado a un Estado a depender completamente de la economía de mercado. Se dijo entonces que Grecia era un experimento de cómo trasladar los intereses que aún se consideraban estatales a entidades económicas superiores. Todos los bienes del Estado griego fueron subastados. De hecho, el modelo económico y las decisiones

políticas fueron asumidos por los prestamistas. También se dijo que los siguientes experimentos serían Italia y España, porque presentaban condiciones económicas y sociales similares que permitirían el mismo proceso de desmantelamiento social. Cuando todo esto sucedió, el tema estaba a la orden del día: huelgas, manifestaciones, acciones directas... mostraban la respuesta de los griegos. Ahora que las pantallas sólo hablan de virus, ahora que la retórica de la unidad nacional-estatal impera, no se discute sobre las medidas económicas aplicadas y menos aún de sus consecuencias.

Por esto mismo, especialmente cuando todo esto se haya redimensionado, el discurso dominante será el de la unidad nacional, a no ser sea contrarrestado *[NdTR].

- La salvación de la tecnología: el uso masivo de soportes tecnológicos, especialmente en los entornos laboral y educativo, ha demostrado que el Sistema puede prescindir de lugares de agregación (y de relación). Si prospera la retórica de que hemos salido adelante gracias a la tecnología, habremos abierto las puertas a ese proceso de automatización y control social del que hablábamos antes.³

Lo que está ocurriendo tal vez no sea simplemente control social o la aplicación de un régimen policial. Es la visión más clara que podemos tener de una reestructuración en curso, que se está extendiendo por todos los continentes. Los mo-

mentos de crisis, se dice, son siempre momentos que hay que aprovechar porque nos muestran las grietas de ese muro que desde la cotidianeidad nos parece casi imperturbable.

Comprender lo que está sucediendo ahora tal vez nos haga pensar en lo que sucederá mañana para que así no nos pille desprevenidos.

1. A nivel mundial, el 74% de las instalaciones de robots industriales se concentran en cinco países: China, Corea del Sur, Japón, Estados Unidos y Alemania.

2. Cita sacada de un interesante artículo publicado en "I giorni e le notti" (revista anarquista italiana).

3. Algunos apuntes interesantes sobre futuros cambios del sistema en el artículo "Nazionalismo duepuntozero, Vetriolo" (Nazionalismo 2.0, del periódico anarquista Vetriolo)

*NdTR. Elijo el término contrarrestar al no encontrar una traducción para la expresión italiana "Mettere la pulce nell'orecchio" que viene a significar, entre otras cosas: Inculcar una sospecha, una duda. Como poner una pulga en la oreja, que al moverse para salir le recuerda su molesta presencia / Decir algo a alguien con la intención de provocarle una reacción psicológica y posteriormente quizás también una reacción exterior.

[https://plagueandfire.noblogs.org/
original en https://roundrobin.info/](https://plagueandfire.noblogs.org/original-en-https://roundrobin.info/)

Sociedades de papel

El coronavirus, esa pandemia que tan interesadamente han sabido explotar los medios de comunicación y que es imposible obviar aún en la conversación más breve, está permitiendo contemplar a la sociedad en su esqueleto, sin toda la sofisticada infraestructura que se ha construido sobre ella.

Hablar de los aspectos negativos, sociales e individuales que ha sacado a relucir el coronavirus es una perogrullada. Más allá de las cuestiones estrictamente sanitarias, en las que no voy a entrar para evitar esa tendencia en alza de dar lecciones sobre lo que se desconoce, el «fenómeno coronavirus», como elemento mediático y sociológico, ha sido construido sobre el pánico más que sobre la información. Más allá de las incontrolables pulsiones atávicas y ancestrales, la cultura pop nos ha predisposto perfectamente a ello. En la literatura y el cine, los infectados fueron desplazando poco a poco a los zombis (tal y como los zombis fueron desplazando a los alienígenas), y un miedo más real y verosímil, el terror científico, fue sustituyendo al otro, el terror religioso o folclórico.

El miedo a la infección, cíclica en nuestras sociedades, mantiene intacto, con independencia de la época, el miedo invisible y sobre todo el miedo al otro, a nuestros propios semejantes. Lo que cambia con una enfermedad como la gripe A o el coronavirus es que no se puede culpabilizar al infectado por sus hábitos y permanecer tranquilos considerando que es una suerte de castigo moral (al contrario de lo que sí ocurrió con el SIDA a la hora de criminalizar a la comunidad gay o a las personas drogodependientes). Inicialmente esa fue la tendencia, y los efluvios racistas y xenófobos marcaron la génesis del relato mientras las redes se inundaban de sopas de murciélago y de ciudadanos chinos ignorando cuerpos desplomados. Pero el estado de histeria global que estamos padeciendo responde a un hecho ferocemente elemental: cualquiera puede contagiarse. Y eso impli-

ca que los ricos, los que controlan la narrativa, los que nos dictan de qué preocuparnos, también se contagian. No es casual que sea el turismo, el ocio de la clase media, la vía preferente de contagio internacional.

No nos preocupamos de otras pandemias como el hambre, la pobreza o los desahucios; nos preocupamos de una enfermedad que sí pueden contraer los concejales, los diputados, los jueces, los corredores de bolsa, los administradores de fincas o los notarios. Por eso el coronavirus, mucho más contagioso que el hambre, pero mucho menos letal, marca la actualidad.

Aparte de esta reflexión, es evidente que este virus está sacando todos los efectos negativos que acompañan a la mayoría de los momentos de crisis y convulsión cuando las recetas revolucionarias no están a la altura para contraprogramar. A nivel personal, la mezquindad, la insensibilidad, el acaparamiento, la insolidaridad, marcan muchos de nuestros comportamientos. A nivel colectivo, político y económico, ésta puede ser una oportunidad inmejorable, como lo fue la crisis que empezó en 2008, para recrudescer el modelo social, imponer unas condiciones laborales aún más indignas, recortar derechos y libertades, cuestionar la sanidad universal gratuita, restringir aún más la migración e invitarnos a ignorar la suerte de cuantos nos rodean.

¿Acaso no sería un disparate concluir que algo bueno se puede extraer de esta situación? Lo sería, y sin embargo... Aún podemos analizar con otra óptica nuestra realidad a pesar de las paladas de mierda que nos echan encima. Las situaciones de caos y colapso también nos permiten entender la vida y las relaciones humanas de forma mucho más simplificada. De esta situación surge el egoísmo más áspero, pero también surge la necesidad de crear redes de cooperación, de apoyo mutuo, para cuidar niños o ancianos. La gente empieza, aunque sea

no se incluyó ni una sola mención con respecto a cómo se iba a proteger la salud de las personas presas, no se desarrollaba cómo debía ser y en qué condiciones el cuidado de la salud de las personas enfermas y otras medidas de prevención de las personas sanas, más allá del aislamiento.



El día 16 de marzo, una docena de organizaciones remitimos un escrito (al que ya se han adherido más de 60 colectivos) ante el Ministerio del Interior y la SGIP en el que se solicitaba la adopción de medidas en las cárceles con las que velar por el derecho a la vida, a la salud y a la integridad física de las personas presas, para que estos se garantizaran y se evitara la aplicación de penas y tratos crueles, inhumanos o degradantes. Entre las medidas urgentes que se solicitaban estaban: refuerzo del personal sanitario, aislamiento de personas contagiadas en instalaciones médicas, excarcelación de enfermas graves y mayores de 70 años, progresión a tercer grado por motivos humanitarios, excarcelación de quienes se encuentran en régimen abierto y aumento de las comunicaciones con el exterior con llamadas gratuitas.

Sin embargo, lejos de pensar en un plan de contingencia para abordar la cuestión sanitaria en las cárceles del Estado, el día 17 de marzo, el ministro del Interior Fernando Grande-Marlaska, escribió una carta abierta a las personas presas. Una carta anacrónica, más propia de un predicador que de un ministro, en la que básicamente se pedía mucha resignación y comprensión. Una auténtica vergüenza.

Por ello, las mismas demandas se solicitaron, entre otros organismos públicos, al Parlamento de Navarra, al Congreso de los Diputados, al Defensor del Pueblo estatal y al Parlamento Europeo. Estas medidas reclamadas por los colectivos sociales, poniendo en el centro la necesidad de excarcelar a las personas presas atendiendo a motivos sanitarios y no jurídicos, como mejor fórmula para protegerlas y prevenirlas de la enfermedad, han sido propuestas también por el Comité para la Prevención de la Tortura (CPT) del Consejo de Europa, la Alta Comisionada de Naciones Unidas y la Organización Mundial de la Salud (OMS). De hecho, algunos países como Francia o Turquía ya están adoptando medidas colectivas en este sentido.

Parece ser que, poco a poco, desde la SGIP se van admitiendo las reclamaciones realizadas por la sociedad civil y se está procediendo a la derivación a sus domicilios de las personas en tercer grado (una medida que por ahora solo ha beneficiado a 2.100 personas), así como a la compra de 200 terminales telefónicos que faciliten la comunicación de las personas presas con el exterior a través de videollamadas. No obstante, estas medidas se están aplicando de manera dispar y con rit-

mos diferentes en cada centro penitenciario, lo que está dando lugar a una gran inseguridad jurídica en la protección de los derechos de las personas presas y esto contribuye, a su vez, a generar un clima de confusión y ansiedad.

Desgraciadamente, el pasado día 24 de marzo, se ha conocido la primera muerte por Covid-19 de una persona presa, una mujer de 78 años en la cárcel de Madrid VII. Sabemos también que ya hay al menos de 43 personas contagiadas, la mayoría de ellas funcionarios, y más de 300 personas en cuarentena, siendo alrededor de 125 personas presas que se encuentran aisladas dentro de las cárceles.

Con el objetivo de tratar de esclarecer la situación y también de solicitar que se tomen las medidas necesarias, el pasado 24 de marzo desde Salhaketa Nafarroa hemos presentado una queja al Defensor del Pueblo de Navarra* para que adopte una posición activa en el seguimiento de la situación en la cárcel de Pamplona, informando a la sociedad de todo ello y fiscalizando las actuaciones del Gobierno de Navarra. En concreto hemos solicitado que: 1.- tenga plenamente en cuenta el importante riesgo para la salud asociado a la difusión de COVID-19 en las prisiones y, por consiguiente, tenga un papel activo en el seguimiento de la situación en la cárcel de Pamplona y a que inste a las Administraciones estatales y navarras a cumplir con los principios aprobados por el CPT del Consejo de Europa, 2.- adopte una posición activa en la solicitud y recopilación de información relativa a la situación de la cárcel de Pamplona durante la duración del estado de alarma y 3.- fiscalice las actuaciones que desde el Gobierno de Navarra y sus distintos departamentos se están realizando respecto de la cárcel de Pamplona en relación con la pandemia del Covid-19.

Además, es preciso que se adopten medidas sanitarias urgentes de protección de los derechos de las personas presas en las cárceles y que la gestión de esta situación no se reduzca únicamente a cuestiones de orden que impliquen vulneraciones indiscriminadas de derechos. Es necesario que se garantice el derecho a la asistencia letrada, derecho que se ha visto gravemente afectado con la suspensión en todas las cárceles de los Servicios de Orientación Jurídico Penitenciarios (SOJP), no obstante, gracias a las abogadas y abogados que prestan estos servicios se ha conseguido habilitar la asistencia telefónica en algunas cárceles, entre ellas en la de Pamplona, si bien de nuevo, el coste de la llamada está recayendo sobre las personas presas pese a ser un servicio público y gratuito. Igualmente necesario es garantizar el contacto con las familias y personas allegadas, que se proporcione de manera continua, precisa y con rigor, tanto la información de la situación en el exterior a las personas presas, como la situación de las personas presas a la sociedad. Y, como han recomendado la OMS y la Alta Comisionada de Naciones Unidas debe optarse prioritariamente por mecanismos de excarcelación.

En los contextos de crisis se aprecian muy bien las deficiencias y fragilidad de las estructuras. Desde luego, esta crisis ha puesto en evidencia la crueldad de la cárcel y el desprecio sistemático hacia los derechos de las personas presas y, especialmente, hacia su salud. También por responsabilidad y solidaridad (palabras tan presentes en estas semanas en nuestras bocas) es imprescindible que no demos la espalda a las personas más vulnerabilizadas. Si el coronavirus entra en prisión, hay que vaciar las cárceles.

Salhaketa Nafarroa

ría; Italia, Chile, Nueva Orleans ante distintas situaciones; terremotos, huracanes... No sabemos hasta qué punto puede llegar esta potencialidad colectiva porque en todo contexto, las fuerzas de seguridad hacen cumplir las normas de la excepcionalidad. Además, la situación se vuelve aún más complicada ante una pandemia global. La cultura del miedo y el aislamiento social cala hasta entre las personas que apostamos por políticas radicales para romper con los regímenes autoritarios que son las democracias bajo las que vivimos. El buen ciudadano que anhela restaurar su normalidad, que la economía no caiga en picado y que los aviones retomen el vuelo, puede encontrar mucho sentimiento de cohesión social y orgullo civilizatorio ante el comportamiento modelado de sus compatriotas mientras la gente más precaria le lleva su paquete de Amazon hasta su puerta, pero quienes vivimos la catástrofe antes del estado de alarma, ni el virus, ni la sumisión uniforme a las medidas gubernamentales pueden generar el mismo ánimo de unión. Y lo único que podemos hacer en estos momentos en los que afloran las posibilidades de sufrir psíquicamente es comprobar que, aunque nos impidan organizarnos en las calles y seguir con nuestras vidas, seguimos juntas. Pero mientras que estas palabras se arrojan con facilidad, hay personas solas y encerradas con dificultades de satisfacer sus necesidades básicas o gente con miedo de quedarse sin dinero para el próximo mes. Son cuestiones inmediatas y puestas al rojo vivo en estos días sobre las que podemos dar respuesta sin necesidad de rendir cuentas a ningún estado, ni a ninguna casta profesional, ni a ningún entrenamiento/simulacro policial/militar.

Más allá de la cuarentena global actual, la excepcionalidad se

vuelve cada vez más presente. No sólo en forma de decreto de estado de alarma, sino también, en los cambios estructurales en el mundo laboral, que nos obligan a acostumbrarnos a la precariedad, la inmediatez y la incertidumbre. En las nuevas estrategias punitivas que utilizan las políticas sociales como mecanismo importante del sistema penal. En las medidas de prevención de la radicalización islamista, la política migratoria y otras herramientas del racismo de estado en constante adaptación. En las nuevas medidas represivas hacia los movimientos sociales etc. Sin embargo y con alguna relación, también las revueltas sociales son incontables y visibilizan las contradicciones de un sistema demotirano con sus distintas peculiaridades. No hay garantías de caminos más emancipatorios ni necesariamente dignos en estos acontecimientos, pero sí posibilidades. Incluso si la pesadilla de una necesidad técnica y ambiental de servidumbre para la supervivencia está cerca, o ya existe, según en qué aspectos de la vida hablemos, pervive hoy una necesidad afectiva y social de rebelión que es lo que nos mantiene en vida.

Briega (www.briega.org)

[1] «Ejércitos en las calles»

https://translationcollective.files.wordpress.com/2010/05/ejercitos_en_las_calles.pdf

[2] Roger Belbéoch escribió «Chernoblues»

https://edicioneselsalmon.files.wordpress.com/2019/12/pc3a1ginas-desdeaff_chernoblues_02_bis_pliegos.pdf

[3] «Desactivar el estado de excepción permanente»

<https://unenormecampo.files.wordpress.com/2020/02/desactivar-el-estado-de-excepcic3b3n-permanente.-2020.pdf>

La crisis del Covid-19 en la cárcel

Hace años que numerosos colectivos venimos denunciando y visibilizando la situación de la asistencia sanitaria en las prisiones del Estado español, que ya era crítica antes de la llegada del Covid-19. En concreto, en la cárcel de Pamplona, a primeros de año, la situación había llegado al límite de no haber ningún médico que atendiera a los presos y presas durante más de un mes.

Por eso, porque las condiciones propias del encierro (hacinamiento de personas, proximidad física y contacto físico) hacen de las cárceles focos potentes de propagación de las enfermedades al no cumplirse en ellas las medidas mínimas sanitarias en cuanto a mantener distancias, higiene, etc. y porque las características socio-sanitarias de especial vulnerabilidad de la población penitenciaria incrementan el riesgo en caso de contagio del virus, se hacía necesario que desde la Secretaría General de Instituciones Penitenciarias (SGIP) se adoptasen en las cárceles medidas sanitarias específicas. Sin embargo, lejos de ello, la gestión que por parte de la SGIP se ha hecho de la cuestión sanitaria derivada del Covid-19 se ha caracterizado, desde el principio, por el énfasis en la eliminación de los pocos derechos que tienen las personas presas, la restricción de los elementos más cercanos a la inserción, la restricción del contacto con las familias y las personas allegadas del exterior y un desprecio por la salud de las personas presas.

Inicialmente, la pauta que la SGIP ofreció a su personal para actuar en caso de que una persona privada de libertad presentase síntomas compatibles con el Covid-19, fue básicamente su aislamiento durante 14 días (periodo de incubación del virus).

El día 6 de marzo, la SGIP acordó varias medidas más que implicaron la limitación de comunicaciones de las personas presas, la prohibición de salidas y la restricción de acceso a los centros penitenciarios. Estas restricciones se aplicaron inicialmente solo en algunas cárceles (Madrid, La Rioja y Araba) para, finalmente el día 12 de marzo, ampliarse a todas las cárceles del Estado, aislándolas. La restricción de acceso a las cárceles, permitiendo solo acceder al personal funcionario, laboral y extra penitenciario cuya labor fuera "imprescindible" y excluyendo la entrada de ONG, entidades colaboradoras y otros profesionales acreditados, supuso la suspensión de todas las actividades dentro de las cárceles, incluso las tratamientos, que son aquellas que se supone dotan del contenido adecuado a la pena de prisión para que se cumpla el mandato constitucional de la resocialización. Esto evidenció que para la SGIP las actividades tratamientos no son, en absoluto, actividades imprescindibles.

El día 15 de marzo se publicó el Real Decreto 463/2020, que declaró el estado de alarma el cual no hacía ninguna referencia particular al impacto de ese estado de alarma en las prisiones. No obstante, ese mismo día, se publicó por parte del Ministerio de Interior una Orden que se limitó a establecer nuevas restricciones en las cárceles, confirmando la línea que se había iniciado antes de decretar el estado de alarma: suspensión de comunicaciones, permisos y salidas, y ampliación de la comunicación telefónica. Una comunicación telefónica cuyo pago asume la persona presa y que, en caso de no tener dinero, elimina o reduce al máximo el contacto con el exterior. Sin embargo, no

muy superficialmente, a cuestionarse la importancia real de ciertos rituales sociales que antes les angustiaban: juicios penales, expedientes disciplinarios, exámenes, objetivos laborales, pago de deudas, etc. La supervivencia, ese instinto primario, puede sacar lo peor de nosotros, pero también nos obliga a relativizar todo ese mundo oficial que se agrieta y fragmenta ante nuestros ojos cuando nos jugamos la vida. En estas situaciones le vemos las costuras al Sistema1.

Aún nos pueden seguir obligando a producir (nadie quiere que la rueda deje de girar, de ahí el discurso sobre la obediencia laboral y el imperativo, siempre dictado verticalmente, de «arriar el hombro»), pero la sociedad tiene que relegar para «más tarde», «cuando todo mejore», mecanismos que hasta hace nada eran ineludibles para el buen funcionamiento social, para seguir existiendo como civilización.



Ahora ya no es tan imperativo castigar a los infractores del contrato social, podemos posponer los juicios que no urgen para más adelante. Se suspenden congresos, reuniones importantes, entrevistas de trabajo, negocios, eventos deportivos, actos políticos, procesos judiciales, todo lo que hasta hace poco constituía una pequeña parte de nuestro orden establecido. Las cosas que ayer eran fundamentales, tan inevitables como la muerte, hoy nos parecen una completa parida. Lo artificial queda al descubierto y aprendemos a priorizar. El mundo de las leyes y de los convencionalismos sociales, la pesada liturgia del statu quo, de repente no significa nada ante la necesidad elemental de mantenernos vivos y a salvo, de preservar a los nuestros (lástima que ese término sea tan restrictivo); ante la pulsión instintiva de sobrevivir2.

Si hay medidas que se resisten a adoptar, como lo de suspender las clases a nivel de todo el Estado, es simplemente porque saben cómo repercutiría esto en la producción (las escuelas también están concebidas para almacenar niños). Si no fuera por esta circunstancia, incluso el adoctrinamiento, la necesidad de generar currículo académico, la educación nacional que ya cuestionaba William Godwin desde sus inicios3, puede pausarse hasta tiempos mejores.

Sin embargo, que nadie entienda esto como un «cuanto peor mejor». En absoluto. El plan esperado es que la situación no siga degenerando, parar el apocalipsis sin necesidad de que las clases altas pisen un búnker y lo más probable y realista es que se logre. Pero, si no fuera así, ¿creemos que el mundo que sobrevivirá al colapso sería necesariamente mejor que

éste? Las distopías post-apocalípticas tienen siempre algo de reaccionario. El mensaje de fondo es «valora la sociedad en la que vives, lucha por conservarla, porque es mejor que cualquier cosa que esté por venir». Es una falacia conformista, sin embargo, tal y como están organizados los proyectos sociales y los colectivos políticos que deberían presentar una alternativa a este sistema, lo más probable es que el mundo de mañana no tenga por qué mejorar al mundo de hoy, por muy horrible que éste sea.

El futuro, con una estructura capitalista y gubernamental débil, no tiene por qué depararnos una arcadia idílica de apoyo mutuo, decrecimiento y vida simplificada. Las opciones más probables son muchas y muy otras: dictaduras militares más drásticas que las actuales dictaduras democráticas, guerra de todos contra todos, señores de la guerra peleando por reinos de taifas y quién sabe qué más.

Para que surja de los momentos de crisis algo positivo no basta con profetizar el fin del mundo y quedarnos a presenciar el ocaso desde nuestra torre de marfil. Hay que crear ya, desde ahora, el andamiaje, las redes y la organización necesaria, para poder dar una respuesta al naufragio, para no empezar de cero cuando la sociedad se resquebraje y la especie humana pierda su brújula. Si no estamos en eso, en crear hoy las estructuras cooperativas y solidarias que ensayen ya la autogestión económica y la autonomía política en nuestros barrios (y no en comunidades aisladas para convencidos), el futuro se parecerá con mucha más probabilidad a lo que la cultura pop nos ha enseñado desde hace décadas en la gran pantalla.



El colapso es una oportunidad, pero no necesariamente una oportunidad de mejora. Eso depende de nosotros. Ya lo avisaba Gustav Landauer: “La revolución ha llegado de una manera que yo no había previsto; ha llegado la guerra, que sí había previsto; y vi muy pronto que en ella se preparaban, incontenibles, el derrumbe y la revolución”⁴.

Ruymán Rodríguez

1. La fragilidad de todo el entramado social se ve con total nitidez en momentos de crisis colectiva, pero también, esporádicamente, en varias situaciones de conflicto personal. Nada nos muestra mejor lo endeble e inmaduro del Sistema que asistir a la farsa de un juicio o pernoctar en un calabozo. Una sociedad que manda a sus transgresores a un cuarto oscuro, como hacen los malos padres con sus hijos desobedientes, es una sociedad quebrada. Henry David Thoreau llegó a la misma conclusión durante la única noche que pasó en un calabozo: “[...] Me tuvieron una noche en la cárcel y, cuando meditaba examinando las paredes de sólida piedra [...] y la reja de hierro que filtraba la luz, no pude menos que pensar en la estupidez de esta institución que me trataba como si simplemente fuese un montón de carne, sangre y huesos, susceptible de encerrarse bajo llave. [...] Comprendí que, si había un muro de piedra entre yo y mis vecinos de la ciudad, había otros aún más difícil

de escalar o romper, antes de que ellos llegaran a ser tan libres como lo era yo. [...] Comprendí que el Estado era ingenioso a medias, [...] y perdí todo el respeto que conservaba por él y le tuve lástima”. (La desobediencia civil, 1849).

2. Un método infalible para resolver qué es vitalmente imprescindible en una sociedad real, desde los oficios a las cosas, es plantearse su utilidad en un entorno no industrializado, por ejemplo, en una isla desierta. ¿Qué utilidad tiene en ese contexto el dinero en relación con el agua potable? A quién preferiríamos como compañero de viaje, ¿a un joyero o a un enfermero? La necesidad marca la respuesta y deja al descubierto que vivimos en una sociedad puramente artificial.

3. En su Investigación sobre la justicia política (1793) Godwin le dedica un capítulo entero a la “Educación nacional” (educación estatal) y lanza algunos análisis de plena actualidad que sólo encontrarían continuidad avanzado el siglo XX: “Desde el mismo momento en que un sistema [educativo] adquiere forma institucional, ofrece de inmediato esta característica inconfundible: el horror al cambio. [...] En vez de dotar a sus alumnos de la capacidad necesaria para someter cualquier proposición a la prueba del examen, les enseña a defender los dogmas establecidos”.

4. En el prefacio que él mismo hizo a la segunda edición (1919) de su Llamamiento al socialismo.

Necesidad de servidumbre y excepcionalidad

«La construcción de la vida social sobre la excepcionalidad permanente es una de las características claves del desarrollo de nuestras sociedades contemporáneas. El principio de la excepción como norma viene unido al establecimiento de una legalidad, unos hábitos sociales y unos sistemas de control formal e informal que someten al sujeto a un estrés vital. El miedo, ese veneno paralizante y electrocutante, trata de mermar y eliminar la capacidad de transformación y emancipación por los dispositivos diseñados en un determinado modelo de acumulación, por el estado del control, por la ideología desideologizante de la escolástica neoliberal y por una política tecnocrática despolitizadora. La producción de un sistema económico y, por extensión, de una vida fabricada por acontecimientos que nos someten a la doctrina del shock es la historia no oficial del libre mercado. Esa crisis permanente es necesaria para el desarrollo del actual capitalismo de rapiña». César Manzano

La excepcionalidad es actualmente una medida permanente de gobernar a nivel mundial. La propagación del coronavirus es el argumento actual para normalizar la militarización de las calles. Pero otros muchos acontecimientos generan medidas excepcionales de gobierno que permiten reducir el espejismo del mundo de los derechos y los deberes democrático a su naturaleza más honesta. Una manera de gobernar a golpe de presencia militar y confinamiento civil. La democracia se quita su disfraz y se queda en estado de excepción. La cortina de humo que separa ésta de una dictadura, distintas maneras de administrar el estado, se diluye con la emergencia. Los detonantes para adoptar estas medidas pueden ser también catástrofes naturales o brotes de insurrección. Cualquier suceso que pueda desestabilizar la obediencia ciudadana es susceptible de provocar la supresión de los derechos y libertades.

Pero sin duda, el coronavirus marca una diferencia respecto a

los estados de emergencia que se establecen en nuestra época a nivel mundial. La característica de ser un virus indiscriminado que puede permanecer en cualquier lugar y afectar a cualquier individuo reduce la problemática a un asunto sanitario, biológico y moral. De esta manera, la única manera de combatirlo es mediante la obediencia a los expertos y la culpabilización de quienes no se atengan a las normas gubernamentales.

La investigadora Silvia Ribeiro nos recuerda que las condiciones actuales que propicia la industria agroalimentaria y el hacinamiento de seres vivos para consumo humano, así como la actual resistencia a los antibióticos, por su constante abuso, componen un escenario ideal para que situaciones de epidemia global como ésta ocurran. La publicación de «Ejércitos en las calles» [1] ya nos avisaba hace años de que un informe de la OTAN llevaba a cabo una declaración de intenciones para normalizar la presencia de militares en las calles de las ciudades europeas de cara a prevenir posibles situaciones de carácter insurreccional en el entorno urbano. Este informe lleva nuestra fecha actual en su título, 2020. Hoy en día más de la mitad de la población mundial vive en ciudades y las estimaciones apuntan a un aumento constante. En este libro nos recuerdan que miles de personas viven hacinadas en los cordones periféricos de las aglomeraciones urbanas del capitalismo global con una fuerte precariedad material.

Ante este escenario forzado que la mayoría no hemos elegido ¿Cómo creer que estas situaciones se pueden evitar? La seguridad y la salud se anteponen a la libertad y la autonomía. Cuando ignoramos las condiciones de vida impuestas el problema deja de ser político para pasar al terreno de lo moral, biológico y sanitario. Por lo que sólo unas irresponsables, unos delincuentes, unas insolidarias, unos terroristas... podrían negarse a asumir un estado de alarma de dichas condiciones. La caza de

brujas entre iguales se propaga. Los medios de comunicación nos hacen responsables de las muertes de nuestros seres queridos con bajas defensas en su estado inmunológico. Por el contrario, las fuerzas de seguridad y los expertos se vuelven los héroes de la película. Los medios de comunicación son el mayor garante preventivo de obediencia y las personas nos alejamos físicamente en una especie de fervor cívico-patriótico sostenido por las nuevas tecnologías.

Roger Belbéoch [2] nos habla del paso de la servidumbre voluntaria a la necesidad de servidumbre. Nuestra actualidad de encierro podría ser un ejemplo de esta transición si damos por hecho que la situación actual en efecto es más peligrosa que la ocasionada por una gripe cualquiera, aunque sólo sea porque esta vez es desconocida. El infierno sostenido con antiseliticos, telefonía móvil, películas de Netflix y violencia territorial es incuestionable. “Tenemos que salir todos juntos de este lío” quiere decir que tenemos que tragar las condiciones impuestas como sociedad-nación para dar ejemplo al mundo. La excusa se concentra en nuestros mayores, pero muchas otras condiciones estructurales los relegan a morir de soledad, tristeza, abandono o precariedad económica y las fronteras no se cierran por ello. Por lo que la ilusión de que todas estamos en un mismo bando llamado “país”, llamado “España”, supone un calmante mental bastante importante para quienes no quieren ver que lo que importa es la seguridad del sistema económico mundial y no la población envejecida y/o enferma.

Por el contrario, las teorías conspiratorias son otro calmante importante para quienes no aceptamos porque sí las medidas oficiales. Son parte del entretenimiento del tiempo libre bajo arresto y no ayudan en nada a un mundo más libre, porque generan aislamiento, confusión y desconfianza. No hay necesidad de hacer negacionismos del virus. La realidad es compleja y no tenemos llaves, ni claves, ni información suficiente para saber realmente lo que está pasando. Podríamos imaginar, suponer, pensar en millones de motivos ocultos posibles, pero no somos capaces de asegurar ni uno sólo como es evidente. Con la necesidad de servidumbre, las mentiras que los grandes organismos llevan a cabo para controlar la población pierden relevancia y lo difícil es aceptar que una mayoría prefiere culpar al vecino que a las condiciones de vida que el capitalismo impone a todas las especies del planeta. Prefiere agarrarse a la seguridad de una nación que, a la confianza de sus cercanos, y prefiere aceptar la normalización de la presencia militar y el estado de excepción como forma de vida. La balanza seguridad/libertad se desequilibra aún más.

Pero ¿A qué nos referimos con necesidad de servidumbre? A que, en efecto, se pueden dar situaciones, pudiendo ser ésta una de ellas, en las que salir a la calle o agruparse con el resto suponga un auténtico riesgo. Se pueden dar situaciones originadas en este modelo hegemónico de hacinamiento urbano y producción desarrollista que sólo puedan tener remedio o ser paliadas con intervención especialista y contención gubernamental. Ahí reside la mayor de las catástrofes.

La impotencia social de no poder autoorganizar una escapatoria a este desierto insensible es lo realmente preocupante. El hecho de que este orden social globalizado sea el ideal para la propagación del virus y que la única respuesta para seguir viviendo bajo sus condiciones económico-políticas sea el estado de excepción. Un estado de excepción que conlleva agachar la cabeza y tragar mientras se espera un remedio técnico

de manos de los expertos. La necesidad de servidumbre supone tener que asumir su normativa por supervivencia, o lo que es lo mismo, porque no quede más remedio. Vivimos en un planeta finito donde las condiciones materiales para la vida mermada y los sucedáneos tecnológicos son los pies de gato en un precipicio sin cuerdas.

Desactivar el estado de excepción permanente [3]

Naturalmente, y aunque las condiciones descritas sean poco alentadoras, la omnipotencia del capitalismo global es un mito y su vulnerabilidad está también presente. No sabemos si las grietas nos llevarán a futuros mejores, pero la única certeza es que no profundizar en éstas es asumir la violencia sistémica de nuestros días.

La prensa cumple un papel muy importante estas semanas como aglutinador de la opinión pública y productor de consenso social. No quiere decir por ello que la realidad social sea completamente a imagen y semejanza del mensaje de colaboración ciudadana que se quiere mostrar. Condicionados obviamente por este aislamiento social generalizado, no podemos ignorar que muchas personas asumen las reglas de la excepción por el chantaje punitivo y no por el juicio moral de la conciencia ciudadanista. Cuidar a las personas mayores y/o enfermas no pasa por asumir como idiotas la ocupación militar, el confinamiento acrílico y la punición policial y social de la movilidad en la calle. Sin el trabajo de las farmacéuticas, los tertulianos, los psicólogos o los periodistas, las fuerzas de seguridad probablemente tendrían muchas más dificultades para garantizar el cumplimiento de la excepción.

Los gestos de solidaridad y apoyo mutuo también están muy presentes y parten de lo más básico estos días. Somos muy capaces de dar respuestas rápidas y oportunas desde la base y actuar con responsabilidad colectiva sin necesidad de recibir sermones tecno-estatales. Podríamos ser capaces de anticiparnos y responder a las situaciones adversas, pero quienes tienen el monopolio de la violencia acaparan también el de la cobertura material, la asistencia y los cuidados. Todo ejemplo de autoorganización entre personas es paralizado e interrumpido en este estado de alarma y la mediatización del concepto de solidaridad hoy es recuperado constantemente en forma de colaboracionismo estatal. Una especie de fervor cívico-patriótico que la ciudadanía ejerce salvando el cuello a unas instituciones que no son capaces de cubrir todas las necesidades, como es natural, o bien, que ponen sus prioridades en otros focos como el securitario por encima de los cuidados, como es normal. Esta solidaridad mediatizada y empaquetada en la abstracción de una identidad nacional y de una contradicción aislamiento/empatía, no podría darse sin el accionar constante de una propaganda mediática invasiva y constante. Pero también responde a una ausencia de confianza en nosotras mismas como seres capaces de sobrevivir sin la necesidad de un estado de excepción ni de un mundo militarizado. Responde a una identificación de la mayoría de la población más o menos incluida e integrada, con el sistema que vivimos. Al menos más que con los deseos de desertar del orden capitalista y su protección forzosa.

Ante la catástrofe, la gente se autoorganiza. Ante la emergencia, la coerción y el impedimento de formas de solidaridad espontáneas y libres, es decir, autónomas y no mediadas por ninguna institución, es coercionada e interrumpida. Lo hemos podido comprobar en distintos lugares de la geografía planeta-